

INVENTIVAS

LUIS GUTIÉRREZ CANTILLO





INVENTIVAS

Cuentos

Luis Gutiérrez Cantillo

Luis Gutiérrez Cantillo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798864718193

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

SIN SOBORNOS

*“El artista es el origen de la obra.
La obra es el origen del artista.
Ninguno puede ser sin el otro,
pero ninguno de los dos soporta
tampoco al otro por separado”.*

Caminos de bosque, Martín Heidegger.

Fiel a su modesta y rutinaria profesión, Felipe García solía salir todas las mañanas acarreando una buena baraja de cuadros que pintaba durante cada noche y que ponía a secar en las madrugadas, a cielo abierto, en el balcón de la casa. Por lo regular, sufría de insomnio, lo que le proporcionaba una insana voluntad que él no se permitía discernir; le gustaba dejarse revolcar por extrañezas metafísicas sin procedencia. “Esta es la verdadera inspiración por la que vale la pena el trasnocho”, se convencía en un arranque de ansiedad que lo obligaba a sorber tres veces seguidas de una tacita de café cerrero. Como se creía condenado terminantemente al mundo del celibato, no se esmeraba lo más mínimo por entamar relaciones pasionales.

De su familia sabía muy poco, era oriundo de Pivijay y la mayoría de los hermanos, que sumaban un total de doce y de los cuales presumía ser el penúltimo, se encontraban dispersos por todo el interior del país.

Hablaban esporádicamente, en especial, cuando se recordaba una fecha de cumpleaños o también—y esto a Felipe García le parecía ya el colmo—para acordar los términos de un arreglo fúnebre; más allá, no había otro tipo de contacto fraternal, por lo que era sencillo vivir y desvivirse en una misma actividad. El compromiso que debía asumir como persona, era el de un mediador entre lo que estaba del otro lado—y que desconocía por completo—y lo que divagaba en las regiones turbias y sombrías de lo terrenal. Toda faceta ética y moral que se le impusiera deliberadamente en la diaria labor lo traía sin cuidado. Su existencia dependía de un único objetivo; el devenir artístico. “Para nada más he nacido”, aseguraba.

Su sitio de preferencia era El Callejón del Correo, el corredor más famoso de Santa Marta, donde la afluencia turística se pavoneaba de un lado a otro, buscando un atractivo visual para derrochar dinero a los cuatro vientos, y en una concurrida esquina, diagonal al Banco de la República, se arrellanaba Felipe García, con los cuadros ordenados según su orden de valoración estética y zambullido en un crucigrama que llenaba a lápiz. Ocasionalmente, vendía uno o dos ejemplares tras una sola jornada, con lo que sobrevivía si administraba bien la paga, pero él no reparaba en gastos personales, acostumbraba a improvisar los elementos técnicos de aseo o las recetas de comida que había aprendido gracias a su abuela Mayerly, y el restante lo invertía en alcohol, porros de marihuana y diversas muestras de tela. Se sentía a

gusto con la vida que llevaba, no le causaba problemas a nadie y los vecinos del sector ni lo conocían.

En cuanto a los servicios públicos, cancelaba cuando se le daba la gana o cuando tenía prevista la visita de un fiel comprador que se tomaba la tarea de inspeccionar la inmensa e inacabada galería del artista, porque sí... toda la casa de Felipe García se abastecía con un aura de genuina infinitud, no había asientos disponibles para sentarse y el olor a pintura fresca permeaba el ambiente, lo que provocaba una serie de alergias que podían doblar a cualquiera de un fuerte estornudo y las paredes que componían la vasta estructura donde habitaba, estaba adornada con pinturas por doquier.

En El Callejón del Correo se la pasaba sentado en una estera de palma seca, esperando tranquilamente la llegada de algún cliente interesado. A menudo elegía con pulcritud el material a exhibir y algo que caracterizaba la obra de Felipe García—fuera de la fascinación visual que incumbía a la técnica—era la autenticidad emocional que procuraba plasmar, traducir, introducir. De ahí que se le criticaran sus diseños grotescos y enternecedores. Las amistades más cercanas, que no suponían ser muchas, pero que se esmeraban por calificar el ejercicio en cuestión, lo consideraban como un artista incatalogable, puesto que, a decir verdad, no figuraba ninguna novedad el hecho de que una tarde Felipe García estuviera delante de su caballete sosteniendo una paleta de colores que variaran de un azul ceniciento a un negro luctuo-

so y que al cabo de ciertas vicisitudes, inexplicablemente, se volcara en proyectos diferentes, al ras del romanticismo y la melancolía.

Felipe García no ponía atención a las puntualizaciones que se le hacían. Si accedía al juicio de sus amigos era sólo porque le importaba mantener el contacto con ellos, aun cuando eso le valiera un montón de críticas. “No logro encasillarte, hombre. O eres esto o eres lo otro, no lo sé, pero acláratelo...”, le indicaban, a lo que Felipe García respondía con una risita forzada. Nunca deseó pasar por misántropo en vista de que, a su parecer, no lo era y no pretendía serlo; aborrecía ese complejo de ridícula superioridad, sin embargo, precisaba de la afirmación o de la negación del prójimo para no perder el camino. Resumiendo, Felipe García no representaba más que un mar de turbias contradicciones.

Y a medida que un impulso enérgico le hacía agarrar el pincel y aventurarse por aquí y por allá, Felipe García acataba lo que el lenguaje pictórico le delegaba sin alardear de un presunto talento. En realidad, no pensaba que tuviera semejante cosa, nomás le satisfacía su papel de mediador, como si una vocecita detrás de las tinieblas le estuviera transmitiendo un mensaje compuesto por símbolos enigmáticos y anacrónicos. Frecuentemente le generaba miedo fantasear con otras realidades, pero la apertura estaba allí, y no podía hacerse el de la vista gorda.

Por desgracia, un día en que quiso pasarse de listo, traicionando su iniciativa como mediador, tuvo que

rendirle serias cuentas a la siniestra sombra que lo albergaba. Y pasó así: la selección de cuadros que había efectuado un jueves por la mañana se hallaba a la venta, no obstante, una de las piezas que inocentemente destacaba por error en la formación, pertenecía a un turista holandés que, a causa de inconsistencias eventuales en su itinerario, no pudo llevárselo consigo enseguida, por lo que confió el dinero que competía a la compra y prometió regresar pronto, sin especificar nada más. Felipe García no puso objeciones debido al deficiente manejo del español que el holandés trataba de enderezar a pura pérdida. “Si le complico las vainas, nos vamos a tirar una eternidad”, reflexionaba en su interior.

El cuadro que había vendido era apreciado por su crítica como una de las más emblemáticas creaciones. No abusaba de tonos oscuros e inescrutables al igual que en muchos de sus trípticos o acuarelas, sino que la invención referida se deslizaba en un declive de matices cálidos y vivos que iban acorde a los trazos en la tela de lino, y allá, en la parte inferior se distinguía una pareja de avanzada edad, tomada de la mano y franqueando un terreno plagado de matorrales amarillentos que se hundían en el arrebol más rojo y tórrido de todos, casi se podía oler la tierra árida y empolvada por la que cruzaban. Las manchas de acrílico no revelaban nada cautivante si se examinaban con una mirada metódica, lo que realmente deslumbraba en ellas era el sentimiento inenarrable que había urgido a Felipe García noches atrás; los la-

tidos exaltados a modo de una estampida de caballos encarnaban la calidad genuina de ese pequeño retrato que llevaba por título: “¿Hacia dónde vamos?”.

El holandés se presentó siendo las doce del mediodía, habían transcurrido no más de veinticuatro horas, y empleando un incorregible español, se identificó como pudo, reclamando amablemente el cuadro suyo, a lo que Felipe García cedió sin rechistar. A duras penas descifrabá lo que el extranjero expresaba y más valía apresurarse para superar aquella incomodidad lingüística. De inmediato, el holandés se mostró satisfecho cuando sostuvo la obra y se la enseñó a varias de sus compañeros de viaje, que ininteligiblemente exclamaron un sinnúmero de palabras cargadas de felicidad y euforia. Felipe García, a cambio, les regaló una trémula sonrisita sin saber con exactitud lo que se comentaban, pero intuyó que su gesto era apropiado dado el comportamiento afable con el que procedieron a despedirse de él.

Pasado unos minutos, un hombre de abultadas mejillas, de cabello encrespado, con una joroba en ascendencia y vestido con bermuda de dril y una camisa a cuadros, se detuvo frente a la exposición de Felipe García, que no reaccionó con sorpresa o reticencia, sino que procedió a ignorarlo y se metió de cabeza en el crucigrama que repetidas veces había postergado. “Dos plantillas y tiro esta porquería a la basura...”, refunfuñaba en lo que trataba de pescar letras al azar. El hombre de hacía un momento, que lo miraba sin pestañear, de repente se encontró ofuscado, como si entonces le faltara la cartera, el reloj o las llaves.

—¿Se le perdió algo, patrón? —preguntó Felipe García, enrollando el periódico y abandonando su frustrado intento por rematar el crucigrama.

—El cuadro...—musitó el hombre—el que estaba aquí ahorita... ¿Dónde está?

Felipe García permaneció inmutado y no comprendió el carácter del mensaje hasta que vio lo que el hombre quería que viera: el espacio vacío que había dejado el cuadro del holandés.

—Llegó tardísimo, patrón. Se lo acaban de llevar—dijo sin indulgencia.

El hombre empezó a gemir débilmente, parecía lamentar la ausencia del cuadro y las rodillas no paraban de temblequearle, por lo que Felipe García lo socorrió, aconsejándole que se sentara en el banquillo donde ponía a sonar la radio.

—Siéntese, patrón, siéntese, no se me sofoque.

—¿A quién le vendió el cuadro? —devolvió amargamente, parecía ofendido. Sus ojos de ónice eran impenetrables, duros y firmes.

—Un holandés me lo había comprado ayer. Usted no podía quedárselo, era imposible...—Felipe García creyó que debía ser más condescendiente y guardarle respeto—pero siga mirando, que tengo otros igual de buenos...

—No, no, no...—replicó el hombre, frunciendo el ceño y desabotonándose el cuello de la camisa. Su respiración era pesada y las axilas empezaban a humedecerse—Yo venía justamente por el que le estoy diciendo, lo necesito. Debe haber una copia adicional ¿No? ¡Júreme que sí!

Felipe García no sabía cómo hacerle entrar en razón, la paciencia comenzaba a mermarle y temió escupir una grosería de la cual pudiera arrepentirse. Si el hombre estaba desesperado por el cuadro, debía haber entonces un motivo con bastante peso que lo empujara a quebrarse hasta el llanto. Sin duda, el código contenido en la materia trabajada traslucía un extracto de nostálgica madurez y Felipe García intuía que el hombre había aprendido a captar lo esencial y que por esa sencilla virtud era más digno que aquel presuntuoso holandés.

—Ombe, no, yo no soy de los que reproduce lo mismo una y otra vez, patrón, eso sería tenderle una trampa a la gente...—confesó—Si usted honestamente quedó encantado con el cuadro, entenderá que cada modelo es exclusivo... irrepetible.

El hombre, cuando al fin había sosegado su cólera, tragó saliva y se acarició el mentón. Evidentemente estaba maquinando un plan para resolver el inconveniente y Felipe García, como para llenar el silencio que se había dilatado entre ambos, se precipitó con lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Y cuál es su nombre, patrón?

No hubo respuesta inmediata sino al cabo de unos quince segundos.

—Julían Reyes—dijo—y perdone mi actitud, es que... honestamente necesito el cuadro ¿Y su nombre?

—Felipe García.

—Un placer.

—Igualmente, patrón, ¿Y por qué la prisa? —replicó

Felipe García, poniéndose en pie y notando que el señor Julián Reyes no era tan alto como aparentaba. —No me creería si se lo dijera...—sonrió, avergonzado por las lágrimas espesas que se le escurrían—, pero se lo diré de todas formas. Tiene que ver con mi madre. Hace hartísimo tiempo que dimos un paseo por Sitio Nuevo en un campo idéntico al que usted ha pintado. Y no le estoy metiendo carreta, o de lo contrario, no me hubiera humillado tal como lo hice. Me cogió un ataque de nervios, y nuevamente le ofrezco disculpas. En fin, lo que intento explicarle es que...—le costaba conservar el ritmo verbal, por lo que recurría a muletillas y pausas para sobreponerse—Verá, mi madre sufre de alzhéimer, lleva años de tratamiento y está en la etapa media—y soltó un endeble suspiro que le relajó la joroba amorfa que se le engrosaba detrás—Le estaría mintiendo si le digo que no me irrita a veces el hecho de que olvide cosas tan obvias con una facilidad monstruosa. Yo también me canso, tengo derecho a cansarme, y no, no me vaya a malinterpretar, que yo sí que la quiero... ¡Ufff! Me he jugado más de una vida por esa mujer y no lo sé... me entusiasmé a lo tonto cuando vi el cuadro que, aprovechando que me encontraba cerquita, quise sacar dinero del cajero y venir a comprárselo. Felipe García se conmovió tanto por el señor Julián Reyes que no le habría molestado regalarle todos los cuadros que resaltaban a la vista, pero lo que su interlocutor tenía en mente era una propuesta que iba más allá de lo racional y que pondría en aprietos a

Felipe García llegado el momento. Este, por supuesto, no recelaría de él al principio, aunque la amenaza permanecería allí.

—Sinceramente lo compadezco, patrón—acotó, sobándose el codo y arrepentido por su falta de tacto.

—Escuche, se me estaba ocurriendo que...

—¿Qué? —insistió Felipe García, alarmado por la suavidad con la que el señor Julián Reyes desenvolvía su lengua.

—Que usted me pinte uno nuevo... como el que había pintado, apuesto a que se acuerda muy bien de la técnica y eso. Yo le pagaría el doble o el triple, lo que disponga, y si necesita herramientas; tela, pinceles o pintura, me lo dice y cuadramos ¿Qué opina?

Felipe García no supo qué contestar, jamás habría imaginado semejante capricho como única alternativa para aplacar las agonías del señor Julián Reyes, y después de todo... ¿Por qué reincidía en él tal responsabilidad? ¿Cuáles eran los fundamentos morales que lo instaban a ocuparse de una aflicción que no le incumbía? ¿La estricta educación de la crianza tendría su grado de influencia? Detestaba sentirse empático en determinadas situaciones con gente que no iba al caso, especialmente cuando el contexto implicado exigía un sacrificio invaluable por parte del otro. Y sí, la petición que el señor Julián Reyes preconizaba, para Felipe García, recaía en lo absurdo, ¿Cómo le hacía entender que su función elemental en el misterioso procedimiento era la de un posible intérprete al que se le delegaban oscuras misiones?

—No le va a funcionarle, patrón—predijo, decepcionado.

—Qué más da, colabóreme. Si pudiera se lo pediría a otro pintor, sería sencillísimo, pero nadie mejor que usted conoce el cuadro. Hágamelo, se lo ruego.

Los ojos del señor Julián Reyes brillaban, acentuados por un dejo de tristeza que los hacían bailar solitos, como si la luz rasante del día que se reflectaba en ellos les confiriera un halo de fuego chisporroteantes. Felipe García tartamudeó al mirarlo fijamente y no halló modo alguno de zafarse. En el fondo, se lo debía, pues nadie había superado la frontera de lo indecible que enmascaraba la superficie de sus creaciones. El señor Julián Reyes le agarró las manos a Felipe García, y por poco estuvo a punto de besárselas, aunque no quería importunarlo, así que lo liberó y retrocedió cuanto fue necesario para tonar a la calma.

—Se lo pintaré—accedió Felipe García—y lo haré por el precio que tenía calzado el original, pa' que no quedar como un vivaracho.

—Es lo de menos. Yo aceptaría cualquier cantidad de dinero que usted creyera conveniente—añadió—y estaríamos de lo más normal porque sé que le estoy pidiendo más de lo que podría.

—No me convence, patrón.

—¿Y si viviera el proceso con usted? Digo, si no le... Felipe García vaciló ligeramente.

—Pásese mañana por mi casa tempranito; a las ocho y pico, ¿Tiene dónde apuntar?

El señor Julián Reyes sacó su móvil y transcribió la dirección que Felipe García le dictó paulatinamente.

—Listo, así quedamos. A las ocho.

Y se despidió.

Felipe García cayó en la cuenta de que había tensado injustificadamente sus músculos y fue aflojándolos en lo que el señor Julián Reyes sembraba distancia. No lo admitiría, pero presentía que lo que estaba por realizar, no era lo correcto y que, más adelante, sufriría las consecuencias.

A la mañana siguiente, a eso de las ocho, Felipe García preparó las herramientas indispensables para dedicarse a su cometido. Ajustó un marco de tela de lino en su caballete y le surtió unas palmaditas con el fin de sacudir el polvillo asentado. Realmente no recordaba las medidas exactas del cuadro, pero sospechó que uno de doce por dieciocho pulgadas convendría. “¿Qué sabrá ese viejo de medidas?”, pensó, mezclando los acrílicos pertinentes en una paleta, y justo cuando estaba a nada de dar la primera pincelada, el candado de la reja de afuera empezó a resonar repetitivamente. Felipe García suspendió su ritual y atendió al señor Julián Reyes, que venía con una bolsa de papel que desprendía mapas de grasa y olía a salsa tártara.

A Felipe García le crujieron las tripas y se acordó de que no había desayunado, motivo suficiente para recibirlo con buena cara, estrechándole la mano, golpeándole la espalda. El señor Julián Reyes se tragó la falsía del artista e ingresó a la casa, asombrado por la armoniosa atmósfera que le adormecía sus sentidos. “Es bellísima...”, murmuró, atravesando un rimero de frascos vacíos y paletas rotas, en desuso. A con-

tinuación, rodeó las paredes e inhaló fuertemente, llevándose el pulgar a la boca como un niño que ha visto los juguetes más codiciados a través de una vidriera.

—¿Y ha ido avanzando?

—Qué va, si lo estaba esperando—mintió.

—Qué suerte, aquí traje unas empanaditas de carne pa' ir cogiendo fuerzas. Es lo mínimo.

Y juntos desayunaron de pie en lo que conversaban e iban perdiéndose sin ton ni son. Una vez que se presumieron satisfechos, Felipe García se secó sus manos con el dobladillo de la camisa para eliminar la grasa y poder sujetar el pincel. “Bueno, ¿Y si se sienta? No demoraré demasiado, unos cuarenta y cinco minutos, estimo yo”. El señor Julián Reyes, negó repetitivamente y retrocedió, inquieto por los movimientos del artista, que no se hallaba muy a gusto con la presencia de alguien ahí, fiscalizándolo.

En el transcurso de los cuarenta y cinco minutos que siguieron, se diseñó el paisaje verde y parsimonioso que levantaba los ánimos de la pareja que protagonizaba la escena. De hecho, si se era atento en los rasgos más finos y sutiles, se podía percibir, además, la temperatura del cuadro mediante la naturalidad de sus colores, y conforme prosperaban los atributos que componían el ingrediente sustancial, el señor Julián Reyes supervisaba lo recorrido y si algo no le parecía, se lo manifestaba a Felipe García, que gruñía y apretaba furiosamente los dientes.

Al concluir la faena con una minúscula rúbrica, el señor Julián Reyes lanzó un estruendoso grito que

le estremeció la osamenta a Felipe García, asustado por la violenta reacción de aquel pobre jorobado que adulaba los restos de una imagen deshecha en el tiempo. Luego se abalanzó encima del caballete y agarró el cuadro con una vehemencia implacable, impropia para una persona de su edad. Pacientemente, esperó a que secara y se lo llevó envuelto en un trapo que Felipe García convino en obsequiarle, y así, el señor Julián Reyes, habiéndole cancelado el dinero pactado, se marchó, contento por los resultados obtenidos.

En su discreta y enmarañada soledad, Felipe García se encontró absorto, y no pretendía abogar por una inocencia ficticia ante un tribunal invisible puesto que, medianamente, reconocía la impertinencia de sus actos, no obstante, lo reconfortaba el altruismo que había derrochado a cántaros por un desconocido. “No es nada”, se decía, “Lo bueno siempre pesa sobre lo malo”. Aun así, las inminentes secuelas de dichas acciones no se manifestaron sino al cabo de contados días, cuando Felipe García se dispuso a reanudar sus labores.

Al principio, el quehacer no presentó ninguna cualidad negativa que lo alertara, los colores que utilizaba iban aclarándose en diferentes zonas, difuminándose en todas las direcciones y mezclándose con las tonalidades amigas, despertando el efecto acuarelistico que aspiraba lograr. Y sí, había escogido inventar con acuarelas porque si en una cosa se proclamaba autónomo, era precisamente en la técnica. Felipe García relacionó entonces el bosquejo campestre de su re-

trato con las costumbres mozas e ilusorias de la infancia, cuya época estaría marcada por los animales de finca, los almuerzos en hojas de bijao, las caricias furtivas de su madre, las aguas mansas del río Magdalena y los castigos impartidos por sus tíos, que se la pasaban mujereando o jugando en un billar. Cuando enfatizó las gradaciones que requería, fue a lavar el cepillo del pincel en el fregadero de la cocina y, al volver, el horror lo paralizó instantáneamente.

El lienzo que había colgado en el caballete estaba limpio, blanco y liso como la palma de Dios. La figura que con tanto ahínco preparaba para su colección se deshacía en pequeños hilos de agua que bajaban por las patas del soporte y se empozaban en el piso, dando la impresión de un arcoíris derretido, fundido por las llamas de un sol incipiente. Felipe García soltó el pincel que recién lavaba y se agazapó, movido por las firmes intenciones de palpar el líquido esparcido con la yema de sus dedos.

En vista de que no era capaz de interpretar aquella extraña vicisitud con rigurosos signos de clarividencia, decidió no seguir buscándole la quinta pata al gato, de modo que se dejó llevar por su instinto y reemprendió lo que, según el valor objetivo de la realidad, todavía no había empezado. “Tal vez se me derramaron las acuarelas y me distraje más de lo debido que di por terminado el cuadro cuando ni un pedacito de tela he tocado”, monologaba, reflejándose en el espejo de agua que yacía impasible, delineando la silueta de un hombre que sugería venir de otro siglo

y que—esto le causaba tremenda gracia—era él. En secreto, Felipe García optaba por tenderle trampas a su conciencia con el fin de eludir el peligro que se enmascaraba, pero el incidente con las acuarelas se reducía meramente a un preámbulo de desgracias que se irían sucediendo unas a otras hasta que este reconociera su culpa y, por ende, el insufrible trayecto hacia la expiación. Como Felipe García se caracterizaba por ser una persona terca y hambrienta de certezas, disfrazaba sus intereses y se hacía el loco cada vez que podía.

Estaba segurísimo de que su estratagema tendría éxito, pero en el curso del mes que sobrevino, el mundo se le vino abajo, los nervios no le permitían cavilar un contraataque con claridad y su insaciable apetito arrasaba con todo lo que veía a su paso. En ocasiones, conseguía sosegar la impotencia, aunque otras veces no le quedaba más que sucumbir a la locura. Gradualmente, empezó a notar un ignominioso sabotaje en los cuadros que se le encomendaban; el pincel rehuía de su mano como arrastrado por el viento, los acrílicos oscurecían sus matices, adquiriendo densidad en el lienzo, los bocetos se desdibujan solitos y su pulso había sido sometido a un entumecimiento que le impedía contrastar cada línea.

Cuando no pudo continuar resistiéndose, hizo volar el caballete con un puño que le asestó de lleno, haciendo añicos un preciado marco de tela que le había costado un buen dineral, pero en sus condiciones no le importaba. Felipe García se dio por vencido y

tomó la derrota entre sus brazos, descansando finalmente de esa farsa que no paraba de carcomerle el espíritu, convirtiéndolo en un inútil sin remedio. A su juicio, era desconcertante que durante cuatro semanas no hubiera podido desarrollar alguna ilustración rudimentaria; la gestión artística se le iba acumulando y él estaba harto de ir posponiendo actividades. “Sé lo que tengo que hacer”, discurría, “y no me va a gustar...”.

Felipe García se había traicionado, por lo cual merecía un destino mucho más hiriente y triste que la muerte; sí, la vida, quizás. Los insólitos incidentes que experimentaba no hacían más que agobiarlo, pero, oscuramente, sabía bien cómo redimirse y tornar a la normalidad. “Haré borrón y cuenta nueva”, se decía, frotándose los hombros y devorándose una rebanada de pan que llevaba días escondida en la nevera. El arte no toleraba sobornos y las malas resoluciones en las que hubo incurrido, ameritaban todos esos entorpecimientos que uno a uno se le sumaban. Como ya la noche estaba por cernirse, abandonó toda postura desafiante y aguardó con sana moderación a que la luz del alba lo iluminara. A partir de ahí, su lealtad sería puesta a prueba y Felipe García no quería alargar su deshonra; haría hasta lo imposible por recuperar lo que nunca debió poner en juego. La cuestión primordial, ajena a la ignominiosa tortura que le infligía la vigilia, era: ¿Cómo dar con el paradero del señor Julián Reyes?

Y cuando a un pelito de dar todo por perdido, en El Callejón del Correo—luego de un indefinido periodo

de ausencia, producto de su ejercicio infructuoso— Felipe García, que siempre había desdeñado de los milagros, tuvo la fortuna de presenciar uno, porque a la mitad de una agitada y populosa esquina, el señor Julián Reyes se pavoneaba con la mirada puesta en la galería del artista incrédulo que lo contemplaba como si se tratara de un mesías. Al situarse ante sus cuadros exclamó a carcajadas:

—¡Por poco y no resucita!

—Hombre, y yo que pensaba que no nos volveríamos a ver... ¡Casualidades de la vida!

—¡Puro cuento!, yo casi no creo en las casualidades—replicó, procurando disimular su joroba y enderezándose el cuello de la camisa.

—Casi...—resaltó Felipe García, pero su interlocutor no lo escuchó; tenía tanto pelo en los oídos que se le dificultaba descifrar los sonidos y había que hablarle fuerte.

Mientras atenuaba la charla con noticias y eventualidades superfluas, Felipe García se las ingeniaba para alcanzar su objetivo: que el señor Julián Reyes le extendiera una invitación a su casa. Ya después sacaría a relucir sus verdaderas intenciones, pero por lo pronto era imprescindible que se sintieran cómodos compartiendo, así que consideró oportuno traer a colación el entrañable imprevisto con el cuadro que le había encargado.

—Y su madre, patrón... ¿Si le gustó el regalito?

El señor Julián Reyes sonrió con los ojos y respondió:

—¡Ombe, si quedó encantadísima! Se la pasa obser-

vándolo con una nostalgia que ni le digo... eso debería ayudarla, usted sabe, con lo del alzhéimer y todo...—llegado a este punto, un tipo de rubor mustio, que generalmente precedía a las lágrimas, se le expandió en las mejillas—lo enganché ahí en la sala pa' cautivar al que llegara. Es una vaina majestuosa, sépalo.

A Felipe García se le hincharon los pulmones cuando oyó las palabras del señor Julián Reyes, y la aludida emoción que lo invadía no derivaba de los dulces agasajos con los que se le elogiaba sino de esa levísima brecha que había abierto gracias a su capcioso comentario. En el ínterin, sacó partido del asunto, con la esperanza de que aquel pez picara el anzuelo.

—Ni más faltaba—agregó—lo que sea por su madre, patrón. Me alegra saber que le ha sentado de maravilla. Felipe García tragó en seco, atento a la respuesta que devendría.

—¿No aceptaría tomarse un traguito en mi casa y de paso conocerla?

—Caramba, yo estaría más que feliz de acompañarlo—no podía arriesgarse y hacerse el de rogar—Solamente dígame cuándo, que también tengo un par de cositas que discutir con usted.

—¿Sí? Bueno, ¿Y si lo invito ahora? Claro que... como está en lo suyo, no sé si...

—Qué va, le pido a Pablito que me cuide el puestico y nos vamos enseguida—y Felipe García emitió un silbido cantor que fue recibido por un joven artesano a cinco o seis metros, el cual tejía manillas de lana y pertrechaba collares de piedras tendido en una envejecida estera—¿Me cuidas?

El artesano asintió, amodorrado.

Cuando se cercioró de que el invitado estuviera libre de obligaciones, el señor Julián Reyes lo condujo a su casa, que quedaba a menos de quince minutos. Atravesaron una multitud ajetreada por la carga oficinesca de Santa Marta, y en lo que gastaban el recorrido, Felipe García trataba de compenetrarse mejor con el señor Julián Reyes, que se excedía contándole sus intimidades. Nunca se preocupó por contraer matrimonio y vivía de una manera desperdigada, bohemia, fuera de lo convencional y con ello la desdicha había sido su más sincera y leal aliada en la achacosa senilidad que empezaba a pronunciársele. ¿Tenía hijos? Sí, pero lo odiaban por conflictos que evitó pormenorizar. A pesar de su desmedida locuacidad, se supo reservar lo justo.

La casa del señor Julián Reyes, ubicada en un barriecito gris y silencioso, comportaba un inmenso espacio que opacaba a las demás. Por supuesto, su propiedad era la más elegante de todas y la fachada de esta no pasaba desapercibida. En la terraza nacía un edénico y fresco jardín, incluso valía la pena advertir el espectáculo musical de las golondrinas y los colibríes que revoloteaban en busca de semillitas dispersas. El señor Julián Reyes extrajo un mazo de llaves de su bolsillo e introdujo una de las tantas en el cerrojo de la reja para luego guiar a Felipe García al cobertizo interior, que brindaba acceso a la sala. Las paredes, tapizadas con papel mural, parecían a prueba de ruido y todos los artilugios que ornaban las mesillas y

los estantes desprendían un espléndido fulgor, como si hubieran sido bañados con barniz.

El cuadro que le había obsequiado—pues para él representaba más un obsequio que un trueque—ocupaba una pared por completo, centrado a la mitad, y apenas uno pisaba la alfombra de la entrada, allí estaba, enmarcado con molduras decapadas y, ciertamente, proporcionándole un atractivo a la casa.

—¿Le apetece un traguito? —convidió el señor Julián Reyes aproximándose a una alacena de caoba, donde atesoraba un arsenal de botellas de whisky. Felipe García, que pecaba siempre con su condescendencia, consintió lo que se le ofrecía.

—¿Y su madre? —inquirió cuando se apoltronaron en un juego de muebles que daban hacia la ventana, desde la cual se divisaba la calle. Felipe García optó por sentarse en una minúscula otomana. Con sorbos moderados y discontinuos, bebía del almibarado whisky y chasqueaba la lengua para degustar el sabor.

—Arriba, en su cuarto ¿Quiere ir a conocerla?

—Sería un honor.

Y subieron la escalera de cerezo que los encauzó a un angosto pasillo compuesto por una serie de puertas enfiladas; dos a la izquierda y dos a la derecha. Felipe García no dejaba de sorprenderse por las dimensiones y el repartimiento de la casa, ¿Cómo era que dos personas subsistían en un sitio tan descomunal, tan aterrador? Y no se refería estrictamente a las apariencias sino a la vasta densidad que reproducía el eco de sus voces. En el decurso de toda esa acelerada pan-

tomima, Felipe García no se había interesado por el oficio del señor Julián Reyes. De hecho, este último tampoco lo había mencionado, y como si la inquietud germinara de su boca, se atrevió a indagar:

—Patrón, perdone mi imprudencia, pero... ¿Usted a qué se dedica?

—A qué me dedicaba, querrás decir—corrigió virando sutilmente la cabeza para checar la expresión de Felipe García—Soy pensionado. Hasta hace cinco años trabajaba como arquitecto. Así fue como pude remodelar la casa a mi gusto. Tardé años, años, años y años, pero ajá, aquí me tiene...—se detuvo de repente y guiñándole un ojo le comunicó lo que sigue: —entremos despacito, puede que esté dormida.

Con extrema delicadeza, el señor Julián Reyes constató el estado de su madre para hacer pasar a Felipe García que, sin entender por qué anduvo a hurtadillas, avanzó tímidamente y le echó un vistazo a la señora que se encontraba postrada en una mecedora de nogal, semi-dormida o despierta, era difícil determinarlo. Vestía una batica enteriza de lana blanca y toda su piel estaba plagada de lunares y verrugas que variaban en tamaño, forma y contraste. Felipe García sostuvo que la ancianita no podía rebasar los noventa, si acaso, los ochenta y cinco; esto lo dedujo tras analizar el pellejo escurridizo que le holgaba en el cuello y las arrugas aglomeradas que se le enfatizaban cada vez que propulsaba un gesto.

El señor Julián Reyes le indicó a su invitado que se acercara en lo que ensayaba un intento de anunciarlo. Felipe García quiso abstenerse de participar en ese

patético escenario, tenía la impresión de estar conviviendo con un fantasma en el mismo cuarto, pero, dados los medios por los que se había prestado para tal empresa, tuvo que sacrificar su orgullo y conceder una conducta deferente, a la altura. El señor Julián Reyes, con un tonito que rayaba los visos de un grito, presentó a su madre, la cual no emitió una reacción muy concisa y resolutiva. “Sufre de sordera, por eso ha de gritarle así”, conjeturaba Felipe García.

—Se llama María del Pilar—remedió el señor Julián Reyes, apenado por la ineficiencia auditiva de su madre, que ignoraba lo acontecido y se desentendía fácilmente de ellos.

—Encantado, mi señora—Felipe García le cogió la mano y tan rápido como la apretó, del mismo modo, la soltó porque una ligera resistencia en sus huesitos quebradizos le transmitió una despectiva energía que acabó horrorizándolo.

—A veces está a la defensiva, pero no se me espante, que ella de jovencita siempre fue así, son vainas de familia.

—¿Le importa si vamos abajo y nos tomamos otro traguito?

El señor Julián Reyes estuvo de acuerdo y se despidió de su madre asestándole un beso en la sien al que ella correspondió frunciendo sus labios y apretándole el antebrazo con firmeza. “Cuídate, m’hijito, por la sombrita”, le aconsejó la señora María del Pilar, tirándole besitos mientras su hijo se alejaba.

—Es bastante habladora, no sé qué bicho le habrá picado hoy—repuso el señor Julián Reyes en cuanto fueron descendiendo por las escaleras.

—Descuide.

—Eh, sí, ¿Y usted quería discutirme algo...?—dijo después el señor Julián Reyes, pero Felipe García se apresuró antes de que este acabara la frase.

—Ah, sí, sí... se me estaba olvidando—admitió, ruborizado.

A un costado de la sala, el cuadro los acechaba y Felipe García no le quitaba la mirada de encima; lo admiraba con una neutra serenidad, pero realmente sólo podía pensar en las múltiples e infinitas formas de destruirlo, de reducirlo a cenizas y entonces recobrar la dignidad, la hombría.

—El cuadro...—Felipe García lo señaló con el índice—¿Me deja verlo de cerquita?

—Sí, sí, adelante...

Tambaleándose, Felipe García fue hasta el comedor y descolgó el cuadro como pudo. “El pobre ya está cogido. Se ve que no acostumbra a beber whisky de calidad”, insinuó el señor Julián Reyes, asustado de que le estropeará su preciada adquisición.

—Si mal no recuerdo—prosiguió explorando los detalles del cuadro e incorporándolo en la pared—usted me dijo que su madre se había enamorado de él, ¿No?

—Así es—corroboró el señor Julián Reyes.

—¿Y si le benefició con lo de su alzhéimer?

—Así es—repitió, inconscientemente.

Aunque Felipe García no veneraba a Dios, una ovación se le escapó de sus labios.

—¡Me place oír eso!, porque voy a necesitar que usted me devuelva el favor—puntualizó.

La copa de whisky donde había bebido no contenía más de tres gotitas, así que la colocó en el piso y se apretujó el cinturón del pantalón, lo que era una advertencia de que la cosa estaba por complicarse, y el señor Julián Reyes estuvo atento a la petición de Felipe García, que nuevamente se sentó en su otomana. —Quiero de vuelta el cuadro—exigió tajantemente—Si quiere le devuelvo el dinero o le pago el doble. Nada más tenga en mente que no soy una persona con billete como usted y estaría muy agradecido si lo arregláramos por las buenas.

El señor Julián Reyes quedó atónito, esperaba que todo hiciera parte de una broma o de una infausta pesadilla de la que tarde o temprano lo rescatarían. Como no sucedía lo uno ni lo otro, tuvo que reponerse y encararlo:

—¿Me está hablando en serio?

El cuadro saldría de esa casa a como dé lugar; aquella aberración a la que Felipe García había provisto de vida por pura necesidad y compasión tendría su aciago desenlace.

—Le explico: ese bendito cuadro ha sido una maldición para mí, fue hecho por alguien que... que no era yo, o sí, sí era yo... no me excusaré por mis impertinencias, el caso es que el error me está saliendo carito. Desde que se lo vendí no he podido pintar nada más, y si sigo así, me voy a morir de hambre. Carajo, si supiera... estoy en un bloqueo existencial y artístico ni el berraco, por mucho que me concentre, termino siendo sabotado.

El señor Julián Reyes, enmudecido, lo miró con harta perplejidad y todo lo que había escuchado le sonaba a

disparate. De ninguna manera iba a renunciar al cuadro.

—¡Largo de mi casa, degenerado!

Felipe García, que había anticipado su resistencia, procedió pacíficamente.

—Le recuerdo que de esta casa no me muevo sin el cuadro.

El señor Julián Reyes estaba indignado, apretaba ferrozmente la mandíbula.

—¿Entonces qué? —espetó, levantándose e inflando sus pulmones para simular imponencia; lo que no le salía tan bien que digamos porque la abrupta joroba que cargaba le restaba preponderancia—¿Se lo va a robar o qué? ¡Responda!

—Si usted insiste, sí.

Exasperado por las insolencias de Felipe García, se precipitó sobre él sin meditarlo un segundo. Con sus garras estiradas, tiró a estrujarle la garganta, pero como su adversario era más joven y ágil, supo esquivarlo, lo que hizo que el señor Julián Reyes trastabillara y cayera de bruces en los muebles, maldiciendo furibundamente. El conflicto pasaba de castaño a oscuro, y si lo reducían todo a una simple competencia de fuerza bruta, la victoria, en efecto, estaría resuelta.

—¿Por qué no nos tranquilizamos? —propuso Felipe García, marcando distancia para evitar tocarlo y producirle un daño—A trompadas no vamos a llegar a nada, patrón.

—¡Lárguese! —rugió, tentado a llevar el combate hasta las últimas consecuencias, pero cuando quiso embestir otra vez a su adversario como un toro

de lidia, se detuvo repentinamente, oprimiéndose el pecho y conteniendo un suspiro; además, el rostro empezó a palidecerse y sus ojos oscilaban en una lechosa sustancia que aterró a Felipe García. “Está sufriendo un infarto”, susurró sin estimular una pestaña. El miedo lo había inmovilizado y supuso que lo más sensato era solicitar a un vecino y volarse de la casa con el cuadro.

—Pa-patrón...—balbuceó a lo torpe.

El cuerpo se desmoronó en el suelo y produjo brusco y rústico sonido. El señor Julián Reyes convulsionaba y Felipe García tuvo que reformular su estrategia. Creyó, noblemente, que lo más indicado era ayudarlo a morir, así que lo trepó a horcajadas y rodeó su cuello, ejerciendo suficiente presión y zarandeándolo con amargura. “No hay de otra, este señor no se va a rendir”, ultimaba en lo que se le apagaban las luces, “¡Perdóneme, patrón, perdóneme!”. La víctima tosía y tosía hasta que consiguió apaciguarse en su totalidad.

Posteriormente, imperó un silencio viscoso y colmado de vagas opacidades que le perturbaron la conciencia a Felipe García, como si el señor Julián Reyes se hubiera llevado con él un tantico de su vitalidad, por lo que gateó hasta recostarse en la pared más cercana e inició una cuenta regresiva a partir del número sesenta. “Un minuto...”, suplicaba jadeante, “Es todo... lo que... un minuto”. Al cumplirse aquel intervalo, se acordó de la señora María del Pilar y vigiló las escaleras. Sí, lo lamentaba por ella, pero confiaba con que el paroxismo indefectible de su enfermedad

la acompañara para aliviar la muerte del señor Julián Reyes, que todavía emanaba un débil resplandor que parecía unirlo al mundo de los vivos, o tal vez eran ideas de Felipe García, que no concebía a la muerte como una tragedia.

Escurriéndose el sudor que se le deslizaba a través de las cejas, exhaló un bufido y fue por el cuadro, que arrojó y escondió bajo su axila en lo que adivinaba de qué modo arrancarle las llaves del bolsillo al señor Julián Reyes. Tras huir de la casa, se percató de que nadie lo estuviera espiando o persiguiendo, y como no reparó ningún asomo de malicia, se encaminó a El Callejón del Correo, donde Pablito le armó un lío valiéndose de incontables quejas por todo lo que se había tardado. Felipe García, en cambio, no tuvo inconvenientes con ignorarlo puesto que en ese instante estaba siendo poseído por una fuerza demoníaca, y la infausta sensación del placer que lo abrigaba, le hormigueaba por el cuello, los labios y las orejas; solamente así era factible una reivindicación universal con el arte.

EL PERSEGUIDO

Nadie lo había visto saltarse la mampostería del patio, que estaba cercada por unos picos de botellas fracturadas y pegadas con argamasa en el reborde de los ladrillos. Como consecuencia obtuvo tres ligeros cortes alrededor de su pierna, y estos iban lagrimeándole sangre a medida que avanzaba, pero no se molestó en revisarlos. Bronco, el perro viejo y obeso de la casa, que lo identificaba ya por sus asiduas visitas, salió a saludarlo, meneándole la cola, y con tal de librarse de él, Santiago le regaló unas caricias pasajeras en las orejas y lo espantó, emitiendo un “¡shuu, shuu!”, que el animal supo captar. Lo que conectaba al patio con la casa era nada menos que la cocina, y una vez que ingresó, quitándose los zapatos, anduvo a hurtadillas. Debía cuidarse de que la señora Matilde no lo descubriera, o de lo contrario, estaría perdido, puesto que no se le daba muy bien el arte de la improvisación. Santiago inspeccionaba el lugar, se secaba la cara con las mangas de la camisa, y el terreno que dejaba atrás, encarnaba la prueba fidedigna de que las cosas marchaban por buen camino. Cuando se aproximó a la sala, empezó a recuperar el aliento y en vista de que el reloj octagonal dictaba las doce y media, Santiago calculó el tiempo que le restaba antes de que el señor Rubén apareciera, e incorporándose temerosamente en su misión, franqueó el pasillo que dirigía a las habi-

taciones de la casa. Por fortuna, se había memorizado el repartimiento de cada uno de los espacios y sabía a la perfección dónde estaban ubicados la mayoría de los objetos. Sólo tenía que superar un inconveniente: la madre del susodicho, es decir, la señora Matilde.

Con suma delicadeza, pegó el oído a la puerta y comprobó que el abanico de aspas se hallaba encendido y que unos ronquidos guturales se acompasaban rítmicamente, lo que sugería que la señora Matilde aún celebraba su siesta. Santiago envolvió el pomo de la puerta en sus manos y mientras lo giraba, cerró los ojos, rogando por que el chirrido de los goznes no la despertara. Apenas hubo entrado, contuvo hasta el más mínimo parpadeo. El preciado arcón que buscaba con tanto ahínco residía allí. “Tendría que estar en alguna parte...”, aseguraba, comiéndose las uñas. La habitación era amplísima y Santiago se rascó la cabeza y observó a la señora Matilde que descansaba en posición fetal.

Primero, hurgó en las gavetas inferiores de un armario de haya; removió productos de aseo personal, estampillas coleccionables y recuerdos fotográficos a los que no le dio ninguna importancia, pues le urgía escapar de la casa sin ser detectado y cada vez que la señora Matilde se reacomodaba en su cama, Santiago se quedaba paralizado, rez ndole a todos los Santos que veneraba. Después de haber registrado el armario en su totalidad, se le ocurrió que tal vez el arc n no esperaba por él en algún rinconcito secreto, sino en el punto más obvio del mundo, así que hizo una

lagartija en el suelo y miró debajo de la cama. “¡Bingo!”, cantó dentro de sí, extrayendo la pesada pieza y contemplándola con infinita satisfacción, lo que le duró poquísimo puesto que la herida de su pierna había comenzado a manchar las baldosas de cerámica con un rojo líquido y grumoso.

Santiago se apresuró a limpiar la evidencia con los dedos, degustando su propia sangre apenas se los llevó a la boca. Posteriormente, avanzó en cuclillas a la salida y dejó la puerta entornada, temiendo que, al empujarla por completo, esta produjera un ruido exorbitante que sacara de su letargo a la señora Matilde. En cuanto se creyó a salvo, escuchó un forcejeo metálico en la reja de la calle, y con una ojeada de ave rapaz, dedujo la distancia que lo separaba del señor Rubén para determinar si aún podía huir o si mejor debía esconderse. Como el recién llegado se encontraba dificultado debido a la cantidad de documentos que cargaba, Santiago decidió que lo más prudente era ceñirse al plan, lo que en resumen significaba tomar aquello por lo que había corrido semejante riesgo y agazaparse debajo de un escritorio, cuyo refugio había preparado con antelación.

El señor Rubén colocó sus documentos sobre una mecedera y practicó un ejercicio de estiramiento para compensar la tediosa labor. Se le consideraba como un abogado muy prestigioso en Salamina, la gente lo estimaba mucho y solía recibir detallitos humildes por parte de los vecinos. Santiago lo conocía bien, de hecho, llevaba nueve años como su fiel asisten-

te, agendándole citas administrativas y organizándole el papeleo de oficina; de ahí que tuviera una paga de lo más liviana con la que se sostenía a sí mismo. Además, el señor Rubén lo había visto crecer, prometiéndole estudios académicos, y a menudo también lo recomendaba en oficios labriegos.

A la manera de un sigiloso felino que se pasea entre un campo de espigas, paralelamente, Santiago vigilaba el quehacer del señor Rubén, que se desabotonaba la camisa hasta el estómago e iba por un vaso con agua. En retrospectiva, nunca se habría imaginado en tales condiciones, mordiendo la mano que le daba de comer, aun cuando se le trataba como a un hijo adoptivo, ¿Con qué cara podría verlo a los ojos nuevamente? Las punzadas de remordimiento ya lo estaban azorando, tenía unas ganas inmensas de llorar o de vomitar, pero no quería delatarse; de esa hazaña dependía su vida.

El problema se hubo tornado serio cuando a Santiago se le ocurrió la brillante idea de apostar dinero en juegos de billar con unos traquetos de mala leche que no inspiraban la más mínima confianza, por lo que acabó metido en líos de amenaza y con una deuda tan alta que ni siquiera él lograba concebir los números, sólo entendía que necesitaba harta plata o si no lo pagaría con creces. El viejo Ramón se lo dejó clarito el día en que le recostó el cañón de un revolver al abdomen. “Pilla, muchacho, aquí no vas a venir con tu mamadera e’ gallo, conmigo te ajuicias o te ajuicio”, puntualizaba terminantemente, lo que bastó para que Santiago se

pusiera las pilas. La noche en que había perdido no pudo pegar un ojo, los pensamientos negativos le ensordecían el sueño y la vigilia lo abrigaba en sus brazos. El viejo Ramón se caracterizaba por ser un hombre displicente e intolerante a la falta de palabra; era el único código que respetaba, lo demás pasaba por añadidura. En lo concerniente a su aspecto, este no correspondía a la actitud con la que se imponía frente a cualquier individuo que le fuera adverso. Medía uno cincuenta y cinco, estrábico y de piel apiñonada, vestía pantalones de mezclilla, camisas holgadas, sandalias de cuero y sombrero de fieltro.

En realidad, Santiago se le había medido a duelo porque llevaba una racha de cinco días que suponía por duradera, pero cuando el viejo Ramón puso la última bola en el hoyo, ninguno de los que analizaba atentamente la partida lanzó ovaciones al aire o felicitó al ganador; la victoria había estado prevista desde un principio. “¿Y ahora qué vas a hacer?”, le preguntaba el viejo Ramón, mirándolo con excesiva altivez. El billar se silenció, y la gente, protegida en las penumbras, quedó a la expectativa. Fue así como Santiago incurrió en traicionar al hombre que más admiraba.

De repente, el teléfono de la casa empezó a repiquear y el señor Rubén contestó velozmente y sostuvo una charla que versó en una serie de monosílabos pausados y repetitivos. Al final, colgó el tubo y se lamentó por la ineptitud de un cliente quisquilloso y pendenciero. Santiago veía sus pies trasladarse de un lado a otro, en lo que él abrazaba el pequeño ar-

cón y evitaba zarandearse bajo el escritorio. Habían transcurrido poco más de cuarenta y cinco minutos, el brazo en el que se apoyaba comenzaba a acalambrarse y el calor se hacía insoportable allí debajo. Luego de apaciguar sus malestares físicos, un tañido de angustia lo invadió tras haber recordado los zapatos abandonados en la entrada del patio, y entretanto, el señor Rubén le prestaba atenciones a su madre, que al parecer estaba ya despierta.

Justo cuando se disponía a echar un vistazo, el señor Rubén reapareció en la sala, sonándose la nariz con un pañuelo de seda. Santiago abortó precipitadamente la misión, aguantó el peso de sus músculos y retrocedió casi que deslizándose. “Si ve mis zapatos, dudo que los reconozca”, conjeturaba, esperanzado y poniéndose cómodo, lo que terminó por zambullirlo en un sueño profundo que le hizo perder el rumbo de su objetivo primario. Al recobrar la razón, advirtió los pálidos y anaranjados rayos que atravesaban el mantel y le calentaban la cara. Con el dorso de la mano, se limpió los hilos baba que se le extendían hasta la barbilla. “¿Qué hora es?”, se preguntó recuperando la lucidez, y asomando la cabeza con la intención de orientarse, verificó las agujas del reloj octagonal. “Son las seis...”, susurró aterrado por el tiempo que hubo invertido en su negligencia.

Por fortuna, todo estaba en silencio y parecía estar a salvo. Al enderezarse se tronó la muñeca, el torso, la columna, y una sensación de alivio le recorrió los huesos, lo que le garantizó las energías suficien-

tes para llevar a cabo lo estipulado. Como premisa, destrabó la cerradura del arcón con una ganzúa de alambre que extrajo de su bolsillo y contempló las invaluables joyas que relucían en el interior del recipiente; anillos de oro puro que contenían grabados ininteligibles, cadenas de plata que pesaban más de lo normal, aretes de platino que ostentaban sinuosas molduras, brazaletes estrafalarios que se ornaban con piedras preciosas y demás artículos que desprendían un brillo abrumador.

Amasando la mano dentro del arcón, Santiago cogió lo que le cupo y se lo guardó temblorosamente, creyendo que con lo que tenía en su poder bastaba para saldar la deuda pendiente con el viejo Ramón, aun cuando desconocía el valor real del compromiso adquirido. Habiendo cumplido, devolvió el arcón a su puesto, ignorando el paradero de la gente de la casa, y acto seguido, regresó al patio, se colocó los zapatos, despidió a Bronco y brincó la mampostería, esta vez sin lastimarse la pierna. El clima que lo recibió afuera era áspero y denso. Asimismo, notó que el acontecer de la noche era inminente, por lo que convenía apresurarse y encarar al viejo Ramón de una vez.

Caminaba por las destapadas y polvorientas calles de Salamina y sospechaba que había demasiada paz, incluso se alcanzaba a escuchar el parsimonioso oleaje del Río Magdalena en su inacabable vaivén. El viento nocturno no justificaba esa soledad siniestra que percibía tan recelosamente y Santiago fue aligerando el paso conforme sentía que algo inexplicable lo

acechaba detrás. A veces, como quien no quería la cosa, se volteaba a medias, cerciorándose de que nadie lo estuviera observando, pero pronto, la paranoia ganó terreno y la presencia de un *otro* se volvía más tangible y prolongada. “¡Me van a agarrar!”, infería, sudando miedo.

¿El señor Rubén y su madre tendrían que ver con la inquietud que padecía Santiago o sólo era el rumor de la culpa lo que le hacía sobredimensionar la situación? Quizás le sonaba más lo segundo puesto que la zona estaba solitaria y de haber un extraño merodeando cerca, no lo habría pasado por alto. Finalmente, la ansiedad lo llevó al billar de su amigo Edgardo, al que apodaban El Ciego. Le decían así porque durante cinco años le estuvieron pegando cuernos y él quería hacerse el de la vista gorda; aun si había evidencia de sobra, rechazaba el doloroso conocimiento de una traición. Su mujer, harta de la falsa ingenuidad que presumía, se lo restregó el día menos pensado a la mitad de un partido de billar y de inmediato fue bautizado por la gracia del pueblo.

Santiago se resguardó en el billar, y tan rápido como puso un pie adentro, estuvo muy atento a las movidas en la puerta; quién entraba, quién salía. El sitio rebosaba de gente, el olor a cerveza se acentuaba en el ambiente, las carcajadas detonaban en todas las direcciones y las luces mortecinas de las lámparas se atestaban con enjambres de jejenes que revoloteaban sin descanso. El viejo Ramón se inclinaba en una mesa y medía el golpe que estaba a punto de asestar

con el taco que balanceaba entre sus dedos. Empujándolo en seco, la bola salió disparada, hizo una estupenda carambola y logró que dos blancos cayeran en el hoyo. El contrincante maldijo abiertamente, lo que causó risa en todos los espectadores.

—Hasta que te dignas...—saludó el viejo Ramón, cediéndole el taco a uno de sus amigos—Ajá, ¿Y qué hay por ahí?

—Lo que acordamos—dijo Santiago.

—¡Excelente! —exclamó y dirigiéndose a sus compañeros comunicó lo siguiente: —Armando continúa la partida, yo respondo por él.

Y el tal Armando, como un boxeador al que se le ha adaptado un protector bucal, irrumpió en la escena dando salticos y haciendo un comentario presuntuoso acerca de la puntuación regular que llevaba el viejo Ramón y enseguida se reanudó la competencia. “¡Tráiganme una cervecita!”, exigió Armando, untándole un poco de tiza a su taco. El Ciego recibió la orden desde la estantería de licores y empezó a trabajar en el pedido. Santiago acató la señal del viejo Ramón y juntos se aislaron del barullo, encendieron unos cigarrillos y fueron al grano sin tanta cháchara.

—Yo espero que con esto me deje tranquilo—rezongó Santiago, enseñándole el valioso material que había conseguido.

El viejo Ramón quedó deslumbrado.

—¿A quién le has robado toda esta vaina? —inquirió, arrebatándole las joyas a Santiago, que no opuso resistencia alguna. Realmente, estaba hastiado de

cargarlas consigo, necesitaba deshacerse de ellas para curarse del malestar que llevaba pegado como una garrapata, como una bacteria.

—¿Importa?

—Importa.

Santiago no sabía si valía la pena responderle, pero no se lo quitaría de encima sin antes satisfacerle su curiosidad, por lo que le confesó el mayor de sus pecados hasta entonces cometido. El viejo Ramón respetó su desazón y le palmeó el hombro, aconsejándole que no se deprimiera, que había obrado bien y que era lo correcto. Y sí, a lo mejor y aquel hombrequito estrábico no se equivocaba, ¿O de qué otra forma podía saldar un problema tan gigantesco y crucial como ese? Por supuesto, si hubiera recurrido al señor Rubén, el paisaje no sería el mismo, pero Santiago no quería defraudarlo.

—¿Quedamos a paz y salvo?

—Claro—concedió el viejo Ramón, agitando las cenizas de su cigarrillo contra el respaldo de una silla avejentada y sumida en el moho—nomás te voy a aclarar una cosita: me sabe igual a quien le robaste, pero como venga la policía a joderme por tus raras andanzas, no me voy a seguir portando así de bonito contigo.

—Cuenta con eso.

—Ahora vete.

Santiago obedeció con la cabeza gacha, atravesó la multitud que se pavoneaba por todo el billar y se sentó en un banquillo de metal, a un costado de la barra. Allí solicitó algo de beber en lo que El Ciego se des-

ocupaba de un cliente taciturno y vulgar que no paraba de parlotear, y en menos de lo que canta un gallo, a Santiago se le puso enfrente una copita de cristal que rebosaba de aguardiente.

—Entonces... ¿Eres hombre vivo o muerto? —bromeó El Ciego, corroborando la etiqueta de una pipona de ron antioqueño.

—Hombre vivo—ratificó Santiago.

—¿Y por qué la actitud? —insistió, decepcionado de su capacidad visual y apartando la botella a un lado— Ombe, si tú conoces perfectamente al viejo Ramón. Quitarse una culebra así de peligrosa no es sencillo, pero lo has hecho... y en tiempo récord, milagro de Dios. Esa vaina es pa' festejarla, hijo.

—¿Sí?

—Obvio, si aquí estás, vivito y coleando—canturreó, despachando a un escandaloso borrachín que lo llamaba desde la otra esquina—Anda, bebe que yo invito el próximo, sin compromiso.

Santiago no estaba de ánimos para contradecir a nadie así que se dejó arrastrar por las influencias de El Ciego, con el que fue tejiendo diálogos infructuosos sobre cualquier banalidad o estupidez, y parecía disfrutarlo en vista de las excesivas carcajadas que compartían, lo que le produjo un alivio tenue y vacilante, aunque estimaba que, si no le ponía freno a su afán, acabaría por vomitarse y colapsar.

—Suficiente, aparta eso—espetó, rechazándole la décima copita de aguardiente a El Ciego, que se resintió por la mezquindad con la que se había referido Santiago.

—Listo, si te vas, págame el trago que pediste.

—¿El qué?

—El que te bebiste hace nada.

—Ah, coge—y le lanzó un billete de dos mil—pa' que te mandes a limar los cuernos.

El Ciego enrojeció de indignación y le gritó un par sandeces que Santiago ni oyó. A decir verdad, los efectos del alcohol no lo habían atolondrado, solamente se hallaba de buenos ánimos por haber concluido su tarea. El próximo domingo tenía pensado compensarlo en la iglesia, sometién dose a la voluntad de un cura o lo que fuera porque estaba más que claro que una atrocidad de ese calibre no la repetiría en su vida. El viejo Ramón le sonrió a la distancia, con un atisbo de complicidad, pero Santiago no le correspondió el gesto.

Tras inhalar el ponzoñoso aire que emanaba de la noche, sintió que retornaba al punto de partida, como si los esfuerzos empleados en su trabajo hubieran sido insuficientes, y esa tranquilidad de la que superficialmente gozaba fue extinguiéndose en virtud de aquella figura afantasmada que había estado hostigándolo. Santiago disimuló los nervios y se marchó, pateando las piedrecitas que tropezaba en el camino y procurando permanecer lo más sereno con tal de que su acosador bajara la guardia y él pudiera sorprenderlo, pero por mucho que quiso tenderle una trampa, fracasaba, como si sus movimientos fueran sido malignamente anticipados, lo que le irritaba. “¿Cuánto tiempo llevará detrás de mí?”, se preguntaba, rascán-

dose la barbilla prematura que empezaba a generarle picazón. “¿Habrá sido desde que me salté el patio del señor Rubén? Sí, probablemente. Debí ser más cuidadoso, me dejé ahuevonar”.

La única alternativa a su alcance gravitaba en la posibilidad de deducir la identidad del merodeador, y sin perder los estribos. Santiago edificó una lista mental con respecto a esos amigos que podían incidir en una deslealtad, considerando seriamente la relativa cercanía que había con los implicados. A fin de cuentas, sólo le restaron unos pocos nombres: ¿Sería Juan Esteban, Rodrigo, Carlitos, Aldair, Hugo Ernesto?

En ocasiones, como astucia preventiva, se detenía a saludar a un feligrés de la iglesia o a un particular para averiguar por la hora, y en los brevísimos intersticios que deliberadamente provocaba, ensayaba discretas ojeadas con el propósito latente de dar con la posición del enemigo. “Van rayando diez pa’ las once”, le confirmaba el desconocido, desconcertado por el misterio que Santiago englobaba en la suavidad de su semblante. Le resultaba inadmisibile la fugacidad con la que se le había volado el día, y la atmósfera que respiraba pintaba a decadencia de medianoche. De todos modos, no buscó explicaciones al respecto. Estaba a seis cuabras de casa, lo que casi representaba una victoria.

Inexplicablemente, su corazonada se volvió más lúgubre, por lo que apuró las piernas a un ritmo tan desmesurado que una punzada de dolor no tardó en pronunciársele a lo largo de sus muslos. El alumbr-

do público lo acompañaba, y cuanto más agilizaba la carrera, el terror a ser emboscado lo devoraba. Ese débil pensamiento suscitaba una preeminencia en el otro, lo que dejaba sin armas a Santiago, que al borde de las lágrimas, rogaba por auxilio. De vez en cuando examinaba el terreno trazado con la esperanza de acertar, pero todo le había sido vedado. Su sombra, reflectada por las luces lánguidas y mortecinas del pueblo, se estiraba en la tierra, manifestando un irresoluble desdén. “Me estoy volviendo loco”, reflexionaba, “Si nadie me está viendo, ¿Por qué tiemblo? ¿A quién le temo?”. Comprendió que con interrogarse a sí mismo no iba a conseguir vía de escape, por el contrario, añadiría más pasadizos al laberinto.

Conforme se acaloraba la persecución, la inevitable batalla llegaba a su clímax; ambos lo sabían de sobra; habría una confrontación que consecuentemente definiría la complejidad del dilema, y aunque se tratara de una apreciación aparte, la noche parecía cómplice de esa macabra jugarreta porque el escenario bien que se prestaba para poner en desventaja a Santiago, que se ahogaba con el mero oxígeno y gemía sin oírse. En su mente divagaban diversas impresiones que lo congestionaban, contaminándole el juicio; la desdicha, el horror y la muerte, lo que terminó por frenarlo. No quería encarnar el papel de un temeroso hámster atrapado en una jaula, estaba aburrido de que lo vieran como presa fácil. “¡Me defenderé!”, alegaba, sorbiéndose los mocos y girándose lentamente. De improviso, Santiago se giró y estuvo tentado a

gritar como un demente, pero se contuvo. El canto de una orquesta de cigarras, las ranas croando bajo el agua estancada y los cocuyos que bailoteaban sin ton ni son brindaban un espectáculo sublime. Las cachetadas de viento que lo turbaban no reducían la exasperación que le encorsetaba sus infinitas y desequilibradas teorías. “¿Qué diablos pasa?! ¡Muéstrate, carajo!”, exhortaba encogiendo los pies dentro de sus zapatos. No había indicios de actividad anormal por ningún lado, a lo mucho, el barrido de las hojas de aquellos árboles que se doblaban, que se despeinaban, que se desvanecían. En el ínterin, la sombra de Santiago se deformó, blandiéndose a su voluntad, y él desanduvo, no sin trastabillar y derrumbarse.

La sombra, que parecía haberse revelado a petición de Santiago, se arrojó contra la víctima y este lanzó una sarta de manotazos mientras sollozaba. Veía entonces que la silueta de un brazo paralelo al suyo le subía por la ropa en tanto percibía el peso físico de una extremidad, como si se tratara de algo sólido. De súbito, la siniestra entidad se le ancló al pecho, penetrándole sus carnes, estrujándole abruptamente el corazón, obstruyéndole los canales respiratorios y haciéndole torcer los ojos. En un forcejeo inútil, luchó por zafarse, pero las fuerzas le estaban siendo drenadas y el mundo se le iba anieblando, empequeñeciendo. Santiago, embestido por el pánico y la perplejidad, desistió frente a la personificación de su remordimiento, porque sí, en eso se había transformado la sombra, y allí radicaba el fundamento pa-

sional de una criatura bípeda incapaz de soportar la ignominiosa carga del mal.

A la mañana siguiente, Santiago fue encontrado por unos compadritos que patrullaban las calles a tempranas horas. Inicialmente lo juzgaron por borracho dado el aspecto andrajoso y desgarrado que exhibía, pero luego de estudiarlo con minuciosidad, dieron la voz de alarma y los vecinos aledaños difundieron el chisme por toda Salamina. Como el cielo se aglomeraba con nubes cenicientas que pronosticaban un fuerte aguacero, la luz del sol permaneció suprimida durante el levantamiento del cadáver que, al rato, tuvo que ser reconocido en la morgue por el señor Rubén, que había escoltado a la madre de Santiago para ayudarlo a realizar los preparativos fúnebres. Por desgracia, nadie notó la ausencia de la sombra en el cuerpo del difunto a raíz de la oscura connivencia bajo la que cooperaba un sentimiento inédito.

EL DÍA EN QUE NADA OCURRIÓ

“Tanto entonces como ahora creo que el periodismo es libre, o es una farsa, sin términos medios”.

Epílogo provisorio de ‘Operación masacre’, Rodolfo Walsh.

El agua que lo bañaba de pies a cabeza era mansa y tibia, una sensación de infinito alivio lo invadía y cuando salió metido en una toalla, Enrique se revolvió el cabello, le echó un vistazo a su reloj y predijo que llegaría puntual si el tráfico no le saboteara el trayecto. El desayuno estuvo listo sin mayor dificultad y se sorprendió de lo bien que le sabía todo. “Caramba, milagro que no se quemaron las arepitas. Ay, Diosito, a veces obras de una manera...”. En cuanto se lavó los dientes, aseguró la casa y se ubicó en el paradero. La buseta que esperaba apareció de la nada y aparcó inmediatamente, lo que le dio unos minutos de ventaja en caso de que se presentara un embotellamiento más adelante, y sin ningún carácter de prisa, abordó el vehículo junto con una madre y un niño a los cuales le cedió el turno y avanzó detrás de ellos.

Enrique trabajaba como periodista en un medio local de la ciudad que, como muchos otros, vestía su color político y estaba encabezado legalmente por una autoridad ajena a la profesión. En el caso de *Horizonte*,

un distinguido arquitecto, el señor Ángel Velázquez, que con asiduidad recibía hartísimos contratos para edificar planos o inspeccionar diseños. Tenía una alta reputación que cuidar y se codeaba con las personalidades más representativas, por lo que favores en tonos furtivos no le faltaban. A menudo se valía de algunas influencias para manejar cualquier inconveniente, aunque por lo general adoptaba actitudes filantrópicas y discretas para disimularse.

Mientras viajaba en la buseta, con los primeros rayos del sol iluminándole la cara, Enrique atisbaba lo equilibrado que estaba el clima; fresco, seco y limpio, es decir, libre de los olores nocivos que producían las máquinas industriales o el hedor inquietante que expelían las alcantarillas. El ojo periodístico no descansaba y cuando montaba en el transporte público, su calidad de observador era impecable, de ahí que siempre tuviera material a la mano para desarrollar o comentar en el Consejo de Redacción que realizaban los lunes, sin embargo, el cariz de ese día le produjo una curiosidad insaciable, pues a lo largo del camino, no identificó ninguna anomalía en las calles; el tráfico prosperaba con regularidad, nadie maldecía al otro por la ventana de los autos y las personas que iban a pie parecían endemoniadamente felices, como si a todo el mundo le hubiera rendido la mañana en sus insignificantes quehaceres. Esa fascinante imperturbabilidad le preocupó bastante a Enrique, que empezó a comerse las uñas en lo que vigilaba los más mínimos detalles de lo que acontecía en el exterior.

Al arribar a su destino, descendió de la buseta y notó que la paz aún reinaba en el ambiente. Los comerciantes que deambulaban en la informalidad se dirigían atenciones que no eran propias de sus conductas habituales, y Enrique, a medida que se dirigía a la oficina, rebuscaba eventos de suma pertinencia para dedicarles un debido cubrimiento, pero nada le sorprendía lo suficiente como para detenerse a indagar. A decir verdad, él también se juzgaba cómplice del sopor indescriptible que extasiaba a la gente porque sí, recordaba haberse mirado en el espejo y reconocer aquella indefinible felicidad que le rebosaba por los poros. Instantáneamente se asqueó de ella y corrió, evadiendo la cortesía de unos y los modales de otros. Había entendido así que, en una sociedad regida por el hábito y la empatía, donde las necesidades del prójimo eran prioritarias, no se podía ejercer un periodismo de la paranoia, que para entonces suponía ser la forma legítima en la que se ocupaba el oficio.

Enrique ingresó a las instalaciones del diario, abrumado por la insospechada anestesia que los rostros desconocidos padecían sin razón aparente. En su puestico de trabajo lo esperaba Sandra, antigua compañera de academia. Era chaparra, de rasgos afinados, cabello tinturado y de busto prominente. Apenas lo vio acercarse, le extendió la mano y él supo enseguida que ambos compartían el mismo pensamiento, y que incluso los demás estaban inquietos por lo ocurrido, lo que le consoló parcialmente en vista de que nadie daba indicios de contar con un tema de gran relevancia para

presentar ante el Consejo de Redacción, que daría inicio en contados segundos. El señor Ángel Velásquez los reunió a todos en un pequeño salón adornado con muebles de terciopelo, donde se arrellanaron quince personas uniformadas, incluyendo a Enrique.

—Algo está pasando—dijo el señor Ángel Velásquez, omitiendo las formalidades y paseándose por el salón—No nos estamos volviendo locos, muchachos. Hay un no sé qué allí afuera que ha colocado a la gente medio boba, ¿O me equivoco?

El silencio se prolongó indefinidamente.

—Sí, me lo imaginé—prosiguió—de modo que haremos un análisis más exhaustivo en la ciudad. Quiero que todos salgan y me traigan una historia digna de publicar, ¿Bueno? Investiguen a fondo, averigüen, que no podemos quedarnos sin material.

—En la radio tampoco han mencionado nada—intervino José Miranda, miembro del equipo fotográfico—Se la pasaron comentando vainas de ayer, pero de hoy... muy poco.

—¿Y qué me dicen de los impresos?

—Igual—respondió Beto, el reportero estrella, decepcionado y cruzándose de piernas—Usted sabe que a veces las noticias de ayer son las de hoy, lo preocupante es que si esto sigue así de maluco... ¿Qué irán a sacar mañana?

—He ahí el problema—señaló el señor Ángel Velásquez—Haré un par de llamadas a ver qué podemos solucionar—y desde la distancia le hizo señas a una de las secretarias para que le trajera el teléfono ina-

lámbrico. La señorita Mónica obedeció tan pronto como pudo, recogiendo el escote y bajándole unos centímetros a su falda que tendía a subírsele cuando se flexionaba en el escritorio.

El señor Ángel Velásquez consultó su agenda de números telefónicos, mojándose la yema de los dedos para deslizar las páginas. Enrique aguardaba sin pronunciar una sola palabra, estudiando la situación a su gusto. Y es que el día anterior no se habían manifestado síntomas de un bienestar colectivo, de hecho, la jornada estuvo plagada de protestas multitudinarias que se celebraron a las afueras de varios bancos, de escándalos de corrupción que involucraban la honorabilidad de un concejal, de riñas acaloradas en plena vía que entorpecían la movilidad y otros tantos sucesos que mantuvieron al equipo periodístico en constante actividad. Visto así, ¿Era normal que de repente los arrollara una oleada de plenitud? Los ciudadanos no parecían conscientes de eso, lo ignoraban, o tal vez pensaban que no les resultaba útil volcarse en ese tipo de cuestiones, ¿Y por qué debían hacerlo? Si honestamente no incumbía en sus labores.

Tras insistir en el teléfono, el señor Ángel Velásquez consiguió comunicarse con Alfredo Hernández, un compañero de negocios, dueño de la emisora local más popular de la ciudad y con el cual sostenía alianzas comerciales para exaltar o atacar a ciertos personajes cuando los consideraban una amenaza para sus intereses políticos. Hablaron largo y tendido, discutieron acerca de la incidencia que tendría aquel fenómeno si

no se ponían las pilas y convinieron en organizar una imprevista reunión que abarcara a los representantes de cada medio con el fin de estudiar lo acontecido. “O provocamos el caos o nos vamos a bancarrota”, sentenciaba el señor Ángel Velásquez, corroído por la cólera, que le impedía cavilar una salida.

—Perfecto, Hernández, yo me encargo de llamar a los otros—indicó el señor Ángel Velásquez—y nos vemos acá en mi oficina, a eso de las diez ¿Te parece? Y después retiró el aparato, entregándoselo a la señorita Mónica, y en lo que volvía con los demás, se susurraba palabritas ininteligibles que sólo él discernía; era una costumbre muy inusual en él, que solía tenerlo todo bajo su estricto dominio, pero la realidad le estaba jugando una demasiado brava puesto que había dejado el orgullo a un lado para solicitar la ayuda de agentes externos.

—Quiero que sintonicen las emisoras y los canales de televisión de la ciudad—exhortó tajantemente y con una vena inflándosele en la sien—Necesitamos que algo pase o aquí nadie va a poder mover ni un lápiz.

Los periodistas, asentados en la comodidad del salón, se levantaron con el propósito de repartirse las tareas que el señor Ángel Velásquez había decretado. De ahí se trasladó hasta su oficina, donde empezó a garabatear furibundamente sobre unos cuantos folios. “¡Mónica, ponme en la línea con Pérez!”, ordenaba, y la noble secretaria emprendía la laboriosa diligencia, hundiendo su cabeza en un ordenador, y para sorpresa de Enrique y el resto, tanto los canales como

las emisoras transmitían un contenido superficial que amortiguaba el inexistente flujo de noticias que debía estarse emitiendo en el horario matutino.

—Ninguno ha presentado titulares—notificaba alguien que constataba las distintas frecuencias en una radio analógica, propiedad del diario.

—Acá en la televisión tampoco—aseguraba Sandra, con el control remoto de la televisión en mano y oprimiendo botones al azar—Puras caricaturas...

—¿Qué hay de los otros?

—Igual—respondía Jesús Gómez, un joven pasante que fue incorporado al diario por una palanca gubernativa que le había resuelto algunos favores al señor Ángel Velásquez.

—Estamos jodidos...—rezongaba Enrique, masajeándose la nuca y dándose por vencido en una silla giratoria.

—Que alguno se lo haga saber al jefe—proponía Viviana Charris, la carita más linda de *Horizonte*, dotada de grandes atributos y con una minúscula cinturita que dejaba al descubierto sus preciadas curvas a través del uniforme.

—Sí, estoy de acuerdo—intervino Enrique sin quitarle la mirada de encima—Iré yo si están de acuerdo. Esto último lo hizo para mostrarse como el más capaz e impresionar a Viviana, que pareció contenta con la disposición de Enrique, pero en el fondo, le producía tedio tener que ocuparse en ese tipo de celeridades, aun cuando lo impulsaba una justa causa. El señor Ángel Velásquez lo invitó a pasar en cuanto oyó que tocaba musicalmente con los nudillos, y sin

recurrir a rodeos infructuosos, le exigió que le diera buenas nuevas o de lo contrario se pegaría un tiro. “Medítelo dos veces antes de mover esa lengua”, le aconsejaba. Enrique, en cambio, no le prestó ni una pizca de atención y le asestó el golpe sin contenerse.

—Caramba, nos está yendo como a perros en misa— confesó el señor Ángel Velásquez, indiferente, pero lo que luego devino, dejó sumido en una oscura perplejidad a Enrique: —¿Usted también lo sintió cuando se despertó? —inquirió, agitando la rodilla.

—¿El qué? —replicó Enrique.

—No sabría explicarlo...—murmuró entre dientes— Siéntese, siéntese. No se vaya a ir ahora porque estoy que me arranco los pelos y mando todo pa’ el carajo.

Enrique advirtió que no bromeaba y atrajo una silla metálica que se encontraba apartada en un rinconcito; aunque había resuelto pasar por loco, no desestimaba lo que el señor Ángel Velásquez refería, sólo que detestaba identificarse o coincidir con él.

—¿Qué opina de lo que andamos viviendo?

Enrique se quedó ensimismado y habló por hablar:

—¿No ha pensado que quizás esta puede ser la noticia? O sea, detengámonos un segundito y revisémoslo. Estamos tan habituados a que las desgracias ajenas sean nuestro pan de cada día que no soportamos que Santa Marta disfrute de un poquito de paz, así que tratamos de sofocarla, de alterarla...

—Ombe, Enrique, veo que usted no es más que una pobre criatura perdida en un estanque de tiburones. Mire, todo lo que conlleve al mal genera utilidad. Es la regla de oro.

—¿Me puedo retirar?

—No, todavía no contesta mi pregunta.

Con tal de librarse del señor Ángel Velásquez, cedió.

—Lo que sé es que cuando puse un pie fuera de la cama, no previne lo que estaba por pasar... había como una extrañeza en la cara de todos.

—¿Y qué entiende por extrañeza? —devolvió el señor Ángel Velásquez, ansioso por la respuesta.

—No lo sé...—admitió, encogiéndose de hombros—ahí sí que me corchó.

—Esfuércese, que va bien.

“¿Que voy bien? ¿Acaso es una prueba?”, reflexionó, mordiéndose el labio superior. ¿Cómo podía describir esa extraordinaria maravilla que le enceguecía el corazón a todos, hipnotizándolos subrepticamente y guiándolos a una especie de pacífico olvido donde campeaba la felicidad, la inmortalidad del alma? Por suerte, la señorita Mónica irrumpió en la oficina y anunció que los socios habían llegado. El señor Ángel Velásquez lamentó la interrupción, robusteciendo su puño y aclarándole a Enrique que la conversación quedaría pendiente, lo que el periodista no se molestó en ignorar. En el vestíbulo, cinco hombres se repartían saludos con una expresión hirsuta que dejaba entrever la magnitud del asunto y los colegas del diario reaccionaron y empezaron a hipotetizar una lista de desgracias que culminarían con la muerte de la profesión. “De aquí en un par de décadas, el periodismo será recordado como un mito”, vaticinaban, “¿Y pa’ que? Díganme si es justo: cinco años encerrado en una maldita universidad...”.

Los invitados desfilaron en fila india al salón donde se había dado lugar al Consejo de Redacción. La señorita Mónica les brindó un tintico sin azúcar y estuvo de pie en la puerta hasta que el último de ellos se acomodó. El señor Ángel Velásquez entró al cabo de un rato, se frotó la barbilla y omitió las cortesías protocolarias para ir al grano. De derecha a izquierda, Mariano Ospino, Wilbert Pertuz, Héctor Silva, Alfredo Calderón y Alonso Salcedo; todos eran figuras muy reconocidas en la ciudad, no sólo por haber monopolizado el complejo mediático sino también por contribuir en la creación y el crecimiento de múltiples empresas que se hilvanaban unas a otras, lo que hacía que el dominio en torno a las políticas económicas les fuera más accesible.

Una vez que se abrió el preámbulo, empezaron a armar el rompecabezas y el señor Ángel Velásquez comprendió que no se trataba de una insólita y aislada casualidad. Los periodistas que zanganeaban por ahí cerquita estiraban el oído y ralentizaban el paso, atentos a lo que sus superiores disertaban, pues temían que el futuro de la profesión recayera en manos de quienes no tenían un contacto directo con la realidad. Fue entonces que, uno a uno, decidieron turnarse los viajes al baño para capturar las diversas declaraciones que estos preconizaban.

—Conque así de delicada está la vaina...—murmuró Mariano Ospino, reajustándose el reloj que le colgaba de la muñeca—Se acerca el mediodía y no hemos hecho, literalmente, un carajo.

—La ciudad está quietísima—añadió Héctor Silva, exhibiendo esa estrepitosa sonrisita que contenía, además, un dejo intachable de presunción—Cuando venía, los semáforos me los cruzaba en verde, los carros me concedían la vía, los limpiaparabrisas no me fastidiaron nunca y se sentía chévere.

—Pero a nosotros nos sirve que la ciudad esté patas arriba o si no... ¿Pa' qué existen los medios? —terció Wilbert Pertuz, que no se la llevaba con Héctor Silva; ocasionalmente polemizaban a través de la radio o el periódico, sin embargo, no olvidaban ese pacto en común acuerdo que siempre les garantizaba jugosas ganancias.

—¡Bahh!, pedazo de carroñero, ¿Me vas a decir que lo que está pasando no te ha facilitado la vida? —interrumpió Alonso Salcedo, dedicándole un gesto bromista.

—Estoy de acuerdo con Wilbert—sostuvo el señor Ángel Velásquez, que los había citado con la intención de superar dicha adversidad, y lo que parecía, realmente, era que estuvieran aceptando la derrota—Señores, yo los he convocado aquí porque estamos a un pelito de perderlo todo. Sólo háganse la idea de que mañana despertemos con el mismo panorama. Si se cae este negocio, nos jodemos.

Las palabras del señor Ángel Velásquez tuvieron una gran repercusión en sus invitados, que permanecieron callados y a la expectativa, como dispuestos a colocarse serios para agarrar al toro por los cuernos. Alfredo Calderón medía lo que opinaba cada uno de

los implicados, y habiendo cesado la contienda, tomó la iniciativa, peinándose su bigote de brocha encrespada con el pulgar y el índice.

—Las instituciones públicas—comenzó diciendo—no la están pasando mejor que nosotros; mis muchos indagaron en la fiscalía, en los hospitales, en la morgue. No ha habido registros de accidentes, atracos o muertos.

—¿Y alguien le echado un ojo a la Alcaldía? —Mariano Ospina confiaba en que aún habría un resquicio de luz.

—Sí—contestó Alonso Salcedo, desalentado—No hay eventos programados por el momento y el alcalde no ha salido de su despacho.

—¿Y la Gobernación? —instó.

—Peor.

—Lo que tendríamos que hacer es arriesgarnos, dar la pelea, demostrar que no somos unos huevones que se dejan intimidar—aseveró el señor Ángel Velásquez.

—¿Y qué sugieres?

Aquí le tembló levemente la voz.

—No lo sé... tal vez si removemos el pasado de ciertos artistas...¿Qué hay de la cantante esa que se le encontró abortando en una clínica clandestina? ¿Volvió de nuevo a la tarima?

—Caramba, eso fue hace... ¿Qué? ¿Dos años?—infrió Wilbert Pertuz, dubitativamente—No creo que muchos todavía se acuerden.

—Podríamos ayudarles a recordar, ¿No?

—¿Y sobre Jesús Armando Suárez, el juez de garantías que terminó incurriendo en falsos testimonios por ganarse un dinerito extra?

Enseguida, Alfredo Calderón se opuso, engrosando la voz y acentuando el ceño a modo de desaprobación.

—Imposible. Ustedes saben que tenemos nexos con la familia Suárez, que de vez en cuando nos da un empujoncito—argumentó, a la defensiva.

—¿Y si checaron las efemérides?

—¡Jél! extrañamente, hoy es uno de esos días en los que no se celebra ni la fiesta de un Santo o el aniversario de algún héroe de la patria.

—Señores, lo que debemos hacer es ingeniárnosla pa' crear buenas historias—propuso Héctor Silva, aflojándose el nudo de la corbata.

—A estas alturas del partido, ningún televidente, lector o radioescucha cree ya en nada. Los samarios se han vuelto muy escépticos, necesitan hechos reales... o por lo menos, algo que se aproxime a la vaina.

—Genial, hagamos entonces que pase la noticia que queremos que pase—remedió el señor Ángel Velásquez, caminando en círculos y comprobando que la gomina de su cabello estuviera intacta.

Enrique pudo oír lo que tramaban en secreto y se vio horrorizado por la desfachatez con la que sustentaban sus planes macabros. Sandra, como los demás, había recibido también la información esforzando su sentido auditivo, y sin intercambiar palabras, cada uno regresó a lo suyo y hundió la cabeza en un libro, en una computadora, en un periódico. El señor

Ángel Velásquez dio por culminada la charla y salieron desorganizadamente, atendiendo llamadas en sus móviles o ultimando los preparativos de lo acordado. La señorita Mónica los condujo hasta la puerta, despidiéndolos con una desmesurada galantería que irritó demasiado Enrique, el cual no halló modo de solapar su repulsión. “Lo que es la hipocresía; tremenda víbora”, rezongaba, picado por el mal genio. Las tareas que se impartieron fueron precisas e imperativas. En resumen, los medios de comunicación habían concertado trabajar mancomunadamente para sacar adelante el mundo del periodismo, que se encontraba herido de muerte, y el señor Ángel Velásquez mandó a la calle a todo su equipo no sin antes mencionarles lo siguiente: “El que me traiga una noticia de infarto, tendrá su merecida recompensa; háganla, invéntenla, provóquenla, lo que sea. Y no doy más pistas porque ustedes saben cómo me gusta darles sorpresitas”. Enrique emitió un bufido por lo bajo y se dijo: “Pretende que nos desvivamos por sus caprichos, ¡Uff! no está ni tibio”. Sandra le leyó el gesto y lo reprendió pellizcándole una pierna.

El señor Ángel Velásquez, junto con sus allegados, tenían la firme convicción de que, si presionaban a sus periodistas mediante oscuros engaños disfrazados de generosas retribuciones, estos agudizarían su olfato y correrían hasta más no poder; por supuesto, eran la herramienta vital para iniciar un poderoso contraataque, y los genios que estaban detrás de aquella pantomima lo sabían perfectamente. Aun así,

los periodistas se mostraron contentos y motivados tras incorporarse en una insana competencia y Enrique se preguntó si en realidad era imprescindible lanzarles la voz de alarma, pero al final, optó por hacerse el desentendido y fingió acatar las directrices que englobaba la aciaga triquiñuela, emprendiendo su recorrido por la ciudad de Santa Marta sin detenerse a idear una táctica eficaz que le prometiera la victoria, porque no, no le interesaba participar en un estruendoso embeleco que pusiera por el piso la ética de su profesión. ¿Cómo iba a *provocar* una noticia? Semejante proyecto implicaría una complicidad desleal y maligna que Enrique no estaba dispuesto a asumir. A medida que se sumergía en el tierno remanso de los adormecidos transeúntes, sopesaba las vertiginosas contradicciones que se le apeñuscaban en el pecho. Aquel fresco y soleado día no parecía estar calendarizado, era como estar inmerso en un paraíso atemporal, aclimatado por un finísimo polvo de hadas que aletargaba las angustias más críticas y los miedos de impasible caducidad. Él, que se presumía lúcido y en condiciones para conceptualizar un diagnóstico propicio, no podía soslayar el afán de peligro que atisbaba en su devenir. Si nadie se vendía a las sinietras pretensiones de los mandamases, ¿Qué clase de amargas dificultades les depararía la vida? Difícil era conjeturar un escenario acorde a las calamidades del presente. De cualquier forma, *Horizonte* cerraría sus puertas a las seis de la tarde, hora exacta en que el señor Ángel Velásquez terminaría por cancelar la edi-

ción impresa con una mezcla de sinsabor y derrota grabada en su pálido semblante.

LA NIGÜENTA

Ricardito venía de cazar las gallinas en el corral de la abuela Fernanda cuando uno de los morrocoyos le atizó una mordida cerca del talón, lo que le hizo chillar y doblarse de rodillas. La tía Luisa salió en pos de socorrerlo y le propinó una serie de cuidados caseros para desinfectarle la herida. No era la primera vez que el animal abusaba de un excesivo aplomo para sorprender a alguien con su desnaturalizada agresividad, ya otras veces se había encarnizado también con la prima Liliana, por lo que la pobre evitaba ingresar al corral. “Ojalá les guste la sopa de morrocoyo porque si yo vuelvo allí adentro será pa’ despescuezar a ese engendro del diablo”, acotaba, iracunda.

De buen grado, Ricardito la suplía; a pesar de sus catorce años, era demasiado gentil y generoso, valores que le habían sido inculcados por una rigurosa y materna crianza. Desde que tenía uso de razón, recordaba haber estado rodeado de mujeres. Cinco de ellas, en total; su madre, Josefina, la abuela Fernanda, la tía Luisa y la tía Carmen, y luego, la prima Liliana, que le llevaba un lustro. De los varones se sabía muy poco, peregrinaron a temprana edad, movidos por las promesas de la gran ciudad, y otros, huyéndole a todo compromiso matrimonial que conllevara al sedentarismo doméstico. Ricardito no conocía a su padre, aunque tampoco era que le hiciera falta, el cariño que

se le brindaba en casa sobreabundaba, sin embargo, no podía evitar sentir una pizca de curiosidad por los diversos señalamientos que le hacían con respecto a su figura paterna.

A medida que crecía, iban surgiéndole preguntas, y cuando quería averiguar con su madre, esta lo evadía o le aplicaba ingenuos engaños para disuadirlo o alejarlo de una verdad que, en el fondo, parecía avergonzarle. La abuela Fernanda también era cómplice de aquellas estratagemas al igual que sus tías, y Ricardito no comprendía el misterio de tales comportamientos, incluso los álbumes de la familia no le favorecían en lo absoluto puesto que, en algunas de las fotografías más antiguas, el rostro de su padre se hallaba tachado como por la punta de un clavo, de modo que no había algún registro sólido que lo guiara.

En realidad, mucha de la información obtenida la había pescado por la calle, de esa gente veterana que abundaba en el puerto del Río Magdalena o de los aguateros que esporádicamente visitaban a la abuela Fernanda para negociar unos terneros o rentarle los burros de carga. “¡Cómo voy a olvidar a mi hermanito si pa’ liar hembras ahí estaba pintado!”, le contaba don Hernando, un viejo chofer de lanchas, que no hacía sino divagar entre nostalgias y aventuras del pasado. En cambio, con la señora Rita, que todas las tardes se sentaba en una esquina a vender arepitas de trigo y agua de maíz, tuvo un poco más de suerte en su pesquisa ya que esta le supo dar un nombre, pero Ricardito necesitaba comprobar que fuera cien

por ciento verídico, pues la señora Rita tenía fama de chismosa, de malhablada.

Y la única manera de esclarecer la incertidumbre que lo albergaba era soltándoselo a su madre y observar con suma cautela la expresión que acabaría suscitándole. Cuando se llenó de valor y lo hizo, no le quedaron dudas. “Nelson...”, susurraba mirándose en el espejo y hurgándose la cara a ver si de pronto le venía algo del sospechoso extranjero que lo había abandonado a los cinco meses de nacido, y no, definitivamente nada, pero un día en que se reunió con dos amiguitos de la cuadra a jugar boliche en la calle, uno de ellos, a sabiendas de lo que Ricardito buscaba con lupa en mano, le comunicó que la noche anterior sus abuelos habían estado discutiendo sobre el pasado de Salamina y que el nombre de Nelson hubo resaltado en más de una ocasión.

—Hablaban de un malentendido que habían tenido hace rato, donde casi terminaron por darse durísimo en la jeta—explicó Fabio, dibujando una raya en la tierra para limitar la distancia desde donde pretendía tirar—No sé qué gritaban, pero un buen billete estaba de por medio.

—O sea que Nelson fue un ratero—concluyó Ricardito, no ofendido sino confuso porque la mayoría de los entrevistados le habían dicho que su padre era una inminencia en toda Salamina.

—Ni idea—admitió propulsando el boliche con el índice y provocando una intensa colisión con el blanco—Lo que sí sé es que mi abuelo estuvo a punto de

sacar el revolver que guarda debajo de la cama y...
¡pam, pam!

—¿Tu abuelo esconde un revolver? —inquirió Jesús Andrés; un muchachito raquítico, de piel amarilla y con unos ojos que le rebosaban las cuencas.

—Sí.

—¿Y sabes dónde lo guarda y todo?

—No, él no sabe que yo sé—confesó susurrando—
Es un revolver viejísimo. Una vez espíe al abuelo cuando lo limpiaba y vi que lo metía debajo de la cama, entre las tablas, ¿Quieren verlo?

Ricardito y Jesús Andrés se miraron mutuamente.

—¿Se lo robarás? —insinuó Jesús Andrés.

—Se lo pediré prestado, pero sin pedírselo—corrigió, sonreído—¿O qué? ¿Les da miedo?

—Tráelo mañana—aseveró Ricardito, que detestaba pasar por cobarde.

—Va, nomás no me vayan a sapear, eh... porque los jodo. La partida de boliche se reanudó tras acordarse la travesura. Al final, Fabio se llevó la victoria, logrando una magnífica carambola que le dio la oportunidad de ensayar una nueva jugada, y llegado el mediodía, se despidieron chocando los puños y cada uno trazó su ruta a casa. Ricardito se trepó a un vehículo de tablas que era halado por un caballo negro y fornido, y así se ahorró la asoleada que implicaba el recorrido. Al saludar a su madre y a sus tías, pasó a la mesa y notó que el ambiente en que se movía estaba tenso, o peor que eso, lo que le quitó el apetito. No era normal que hubiera tanto silencio a la hora del almuerzo. “¿Qué

pasó?”, preguntaba Ricardito, negándose a probar un bocado de comida. “Oímos rumores de tu padre”, confesaba Josefina, sin mirarlo.

Ricardito quedó petrificado, de piedra los labios, de acero la lengua. Nunca nadie tuvo la iniciativa de recurrir al tema, y en ese instante, hasta una especie de emboscada habían sido capaces de tenderle para ponerlo al corriente. Cuando recuperó la calma, los latidos de su corazón se suavizaron; padecía ira, felicidad, temor. Una absurda mezcla de sentimientos entreverados se le acordonaban en el pecho, dificultándole la respiración. Josefina repitió enfatizó su declaración y Ricardito, aturdido, reaccionó, víctima de un espasmódico sobresalto.

—Cuentan que lo vieron en Pueblo Viejo hace unos días, que tenía pensado devolverse a Salamina—le notificaba con un rastro de culpa. Honestamente, era muy extraño que estuvieran conversando a acerca de Nelson, aquel misterioso personaje que, a todas luces, equivalía a un muerto sin sepultura, de ahí que la situación adquiriera una pesadez lúgubre y embarazosa.

—¿Y?

Ricardito, aparentaba indiferencia.

—No lo sé, mi vida, como siempre has andado con la preguntadera, supuse que te interesaría.

De repente, el halo de ira que le corría por la sangre chisporroteaba como si se tratara de dinamita pura, pero la mecha no alcanzó a consumirse y las demostraciones airadas que iban subiéndosele, fueron suprimidas por el canturreo desafinado de la abuela

Fernanda que lo distrajo. Esta, risueña y festiva, se paseó por la sala con un retrato que abrazaba y protegía contra sus senos. En la pared más ancha de la casa, residía una estatuilla del Divino Niño al que se le rezaba todas las santas madrugadas, compromiso que hasta el mismo Ricardito se veía obligado a cumplir y entonces la abuela Fernanda descolgó la venerada pieza para darle espacio a la que le reemplazaría. Una nigüenta, eso era, y todos sabían lo que significaba la aparición de la inocente pintura que exhibía a esa niñita rubia, desnuda y regordeta, sacándose las niguas de su pie izquierdo en un campo cubierto por la hierba más tierna y radiante del mundo.

La nigüenta era el último recurso de fe que la abuela Fernanda usaba para depositar sus deseos. Normalmente, la gente le encomendaba un montón de esperanzas cuando la colgaban en algún rinconcito. Según se rumoraba, prevenía las malas vicisitudes, curaba el mal de amores, aliviaba los malestares del enfermo y atraía la abundancia del dinero, no obstante, el propósito que comportaba, de momento, parecía abrigar el feliz retorno de un ser querido.

—¿Qué hace la abuela? —dijo Ricardito.

—Lo que te dijimos—le recordó su madre, sobándolo le pacientemente la nuca—Es probable que tu padre esté aquí pronto.

—¿Y ese ‘pronto’ tiene fecha?

—No lo sabemos todavía—intervino la tía Luisa dedicándole golpecitos en el hombro—No lo hemos visto en larguísimo tiempo.

Ricardito optó por desistir dados los inciertos testimonios en que su familia se basaba y que bien podían tener origen en una broma de muy mal gusto, pues había indagado a muchas personas con respecto a su padre y no descartaba la posibilidad de que un degenerado sin alma le impusiera trampas laberínticas; es decir que, para él, lo que aquellas mujeres estimaban, no pasaba de simples conjeturas. De todas formas, sentía una agitación indescriptible que le ascendía salvajemente por el tórax y que quería transformársele en un alarmante grito, ¿Sería de alegría o de rabia? Quizás de ambas porque la buena voluntad de la abuela Fernanda también ayudaba a alimentar esa estrafalaria llamarada que le calcinaba sus pensamientos escépticos, instándolo a sucumbir a la emoción.

Acentuada la noche, Ricardito se refugió en su camastro, tapándose hasta la barbilla y observando las aspas del abanico que pendía de lo alto de las tejas y que cada vez se hacía más lentas, o debían ser ideas de él porque no percibía una disminución notoria en el frescor que exhalaban. Al principio, le fue inadmisibles concebir el sueño, lo asfixiaba una vorágine de fantasiosas presunciones que se bifurcaban sin término alguno, lo que era motivo para exasperarse y dar vueltas a lo tonto. “Nelson...”, murmuraba, indeliberadamente, imaginando las circunstancias de su regreso, ¿Cómo reaccionaría? ¿Habría de lanzársele a sus brazos o recibirlo a patadas y trompadas?

Al día siguiente, la prima Liliana le zarandeó la cabeza y lo despertó pellizcándole las costillas, lo que hizo

que se revolviera en el camastro hasta caer. “¡Ricardito, Ricardito!”, exclamaba nerviosa, “¡Ve a limpiarte las lagañas, rápido!”. Él obedeció sin oponer resistencia y se dirigió al baño que quedaba lateral al cuarto, dividido por una cortina delgadita e inconsistente. La prima Liliana lo escoltó durante todo el camino y como la modorra le imposibilitaba maquinara lo que sucedía, se dejó conducir. Cuando se encontró lúcido y preparado para cuestionar la urgencia con que lo habían importunado, oyó unos lloriqueos desconcertantes que provenían de la entrada. Ricardito miró a la prima Liliana y ella se llevó un dedo a la boca, inclinándose un poquito y aconsejándole que no hiciera ruido.

—¿Quién es? ¿Por qué grita la abuela?

Su intuición lo empujaba a creer que la causa de semejantes gemidos no era propiciada por algo sino por alguien. La prima Liliana no le contestaba, pero Ricardito sospechaba seriamente de la identidad del desconocido que había producido tremenda alharaca a las seis y media de la mañana. “El tío Nelson ha venido”, le informó y procedieron a huir por el patio, saltándose la ventana del cuarto y aterrizando en un barrizal negro y viscoso.

—¿Pa’ dónde vamos?

—No lo sé, a esconderte.

—¿Y ya lo viste?

—Sí, aunque no nos saludamos. Ni me reconoció.

Ricardito se frenó de golpe, liberándose de la prima Liliana. Si no se atrevía a encarar a Nelson, jamás conseguiría sanar la abominable orfandad que le roía

la conciencia. Necesitaba plantársele firme y demostrarle que lo amaba, que lo odiaba y que le dolía su ausencia, pero que tampoco lo consideraba indispensable. En fin, que lo estaba esperando. Por supuesto, no le dio estas explicaciones a la prima Liliana que, habiendo captado el repentino retraimiento de Ricardito, se espantó.

En la sala, la abuela Fernanda aún no superaba la ilusión de tener consigo nuevamente a ese hijo que había dado por perdido hace muchísimo tiempo. “¡Mi Nelson, mi Nelson, mi niño Nelson!”, vitoreaba y Ricardito reparaba el movimiento de las demás, que rodeaban al advenedizo y le estrechaban la espalda o las manos. —Vuelvo pa’ quedarme—anunció una voz grave y masculina.

Tímidamente, Ricardito se aproximaba y el corazón le latía a mil. Para su consuelo, no había sido visto por nadie, de modo que si se arrepentía podía retroceder, sin embargo, sus piernecitas no le respondieron y siguió de largo. Nelson era un hombre alto y melenudo, de pómulos salientes y cejas pobladas, llevaba pinta de harapiento y lucía horriblemente viejo, sin estómago, con hartos vello por todas partes; y no, no era esa la imagen que Ricardito se hacía del hombre más popular y problemático de Salamina. Nelson entonces se separó de las mujeres que se le arrojaron encima y distinguió a su hijo, allá detrás.

—Saluda a tu padre—exhortó la abuela Fernanda.

Nelson estaba inmutado, la incomodidad fue recíproca y Josefina, que no lo había recibido con demasiado

agrado, se mantuvo al margen de la escena, temerosa de Ricardito, que tampoco avanzaba, era como si un muro de agua se les interpusiera para evitar el contacto. Finalmente, la tía Luisa haló por el antebrazo a su sobrino y lo puso enfrente de Nelson, que fingió una sonrisita picarona y lo rodeó por el cuello, estrechándolo contra sus pulmones. La abuela Fernanda se persignó y dio las gracias al cielo con las palmas extendidas.

—¡El gran Ricardito!—gruñó Nelson, enorgullecido—Estoy feliz de conocerte, m'hijito. Estás grande.

—Dile algo—instó la tía Carmen.

—Está lelo...—dedujo la abuela Fernanda, justificando el silencio de su nieto—Es que se la pasaba averiguando por ti en todo el pueblo, estaba casi que obsesionado, caramba. No nos dejaba tranquilas. Y cuando se enteró que ibas a venir, juraba que era mentira. Hay que darle un minutico pa' que lo procese.

Ricardito se abochornó ante las declaraciones de la abuela Fernanda, que no tenía por qué entrar en detalles y exponerlo así. La tía Luisa lo socorrió, excusándolo por su deficiencia e inmediatamente se volcaron en otro asunto y las preguntas le llovieron a Nelson, que poco a poco desmenuzó las angustias que había ocasionado durante más de una década.

Ricardito experimentaba un miedo improcedente que le arrebatava la facultad de afincarse al mundo, y no era tanta la extrañeza sino la desubicación parcial que inspiraba la presencia de su padre, lo que le perturbaba, y a partir de ahí empezó a detectar una serie

de anormalidades físicas que lo embarcaron dentro de un tobogán sombrío en el que fue deslizándose y deslizándose. Precisamente donde todos apreciaban a ese individuo al que se le había añorado día y noche, Ricardito advertía la afantasmada silueta de una espeluznante criatura que lejos estaba de ser humana y que no se asemejaba a él y que parecía sacada de un viejo ataúd; la palidez le enflaquecía el rostro y sus ojos desprendían una ceguera total, ¿Vivo o muerto? ¿Qué les devolvía la prodigiosa nigüenta?

Ricardito desanduvo y escapó, lágrimas le brotaban a borbotón y un sabor salino le nacía desde las amígdalas, porque aun si no lo comprendía, estaba seguro de que Nelson no era realmente Nelson; había un no sé qué detrás de su cuerpo que lo delataba. Saltándose la empalizada del patio y eludiendo el llamado de la prima Liliana, Ricardito corrió descalzo, sufriendo las quemaduras flamígeras de la tierra desabrida y el polvillo disuelto que levantaba. Solamente se detuvo cuando quedó sin aire, por lo que descansó sobre sus rodillas y se secó el sudor con las mangas del suéter que vestía. Más adelante, Jesús Andrés y Fabio compartían un cono de helado al que cada uno le atizaba una chupada. Tras comprobar a la distancia el estado en que se hallaba Ricardito, fueron a auxiliarlo y le obsequiaron lo que quedaba del dulce.

—¿Qué ha pasado? ¿Es verdad lo que andan cuchicheando por ahí? ¿Qué tu papá está en Salamina? —presionó Jesús Andrés, sobándole la espalda.

A falta de aliento, Ricardito asintió.

—¿Y cómo es? ¿Es igualito ti?

—Fíjate que no—aseguró, recuperando el aplomo.

—Esta madrugada avisaron que el señor Nelson estaba merodeando por aquí—dijo Fabio, reajustándose una mochilita de cabuya—, y dentro de mí yo decía: ¡Se va a armar una bien grande con mis abuelos!, pero qué va... como que el resentimiento ya se les ha pasado; ni les importó un pepino la noticia.

Jesús Andrés y Fabio le pidieron más detalles acerca de la situación, y Ricardito les contó al pie de la letra lo ocurrido; las imprevistas sacudidas que le surtió la prima Liliana, la misteriosa nigüenta que pudo concederle el milagro a la abuela Fernanda y la terrorífica impresión que se le había empozado en el pecho luego de la pequeña interacción que tuvo con su padre. “Se los juro... no es Nelson. O sea, yo sé que nunca lo he visto, pero mi instinto me dice que es un impostor”, alegaba. “¿Y si no es Nelson cómo es que en tu casa lo reconocieron?”, replicaba Jesús Andrés, maltratándose un uñero.

Fabio se hartó de ello y pasó al punto más crucial.

—Como sea, les traje un regalito...—musitó, malévolamente.

Ricardito y Jesús Andrés habían entendido el mensaje. Fabio les propuso que lo acompañaran a un montecito por ahí cerquita y sus dos cómplices accedieron, echando un vistazo a la redonda. Juntos recorrieron una de las calles más empobrecidas y solitarias de Salamina, colmada de piedras, casas de bahareque y unos auténticos matorrales que las circundaban. “Pi-

las, síganme, que nos van a ver”, sugería, haciéndoles aspavientos con la mano e ingresando por un sendero oscuro y húmedo, compuesto de ramas y arbustos que prometían, al menos, una picadora de mosquito. —¡Contemplan esta preciosidad!—canturreó Fabio, desenfundando un revolver; la empuñadura forrada en cuero, el tambor medio oxidado, el martillo ya estropeado y el cañón parcialmente carcomido—Mi abuelo siempre ha dicho que así viejo y todo estaría costando un dineral, pero que lo conserva por respeto al apellido. Píllen, es que en nuestra familia hay una descendencia militar muy prestigiosa. Mis hermanos están esperando a que salga del colegio pa’ que empaque mis motetes y me meta al ejército.

Jesús Andrés emitió un silbido de asombro y se sintió tentado a tocar el revólver.

—Pesa—aclaró Fabio, flexionando el brazo—¿Quieren cogerla?

—Yo sí, me gustaría—Ricardito se adelantó y extendió los dedos hacia el arma, aferrándose a ella y comprobando la gelidez del metal—¿Se puede disparar?

—Mi abuelo no le deja las balas—admitió, desilusionado.

—Qué pena, habríamos practicado tiro al blanco. ¡Soy buenísimo!

—Excepto cuando jugamos boliche, ahí sí que eres todo un fiasco.

Jesús Andrés y Fabio carcajearon y este último les estuvo enseñando un par de trucos que había aprendido a escondidas, como girar con estilo el tamborcillo,

sujetar correctamente la empuñadura, enfocar determinados objetivos y un sinnúmero de lecciones que, más que recordar, improvisaba. Los tres estuvieron manoseando el revolver e imitando las posturas coquetas que se interpretaban en las películas vaqueras, donde los héroes maniobraban el arma a su antojo y soplaban el cañón después de rematar a su enemigo. Cuando caía la tarde, tornaron a la realidad, no disgustados o tristes, sino satisfechos. Incluso Ricardito había olvidado a Nelson en medio del jolgorio y las risas; era la vida que le correspondía vivir, digna de un adolescente prematuro, aterrado por los cambios, las responsabilidades y el porvenir. “Él no pertenece aquí. Nelson no es Nelson. Ojalá se largue”, mascullaba sin un ápice de remordimiento.

Cuando volvió, le costó pasar de la puerta. Allí, a no más de dos metros, descansaba Nelson, fumándose un cigarrillo y dialogando con Josefina que, hecha un mar de sollozos intermitentes, se escurría los pómulos y procuraba mantenerse erguida e imperturbable. Ricardito prefirió saltarse de nuevo la empalizada del patio y la tía Luisa, con una gallina despescuezada que apretaba contra la axila, lo abordó de súbito, espantada por su inesperada desaparición. “¡Ay, Dios Santísimo! ¿Dónde estabas? ¡Josefina y Nelson no han parado de buscarte!”, amonestó endureciendo el ceño. “Jugando”, señaló Ricardito, adusto, desgana-do. La abuela Fernanda los escuchó discutir y se asomó por un ventanuco que conectaba la mampostería rústica del patio con el compartimiento de la cocina.

“M’hijito, ve... que tu papi necesita hablar contigo”, dijo aplicando un tonito sensible, como intentando conmoverlo, lo que casi le resultó porque Ricardito la estimaba mucho y no desconfiaba de su genuinidad longeva, a prueba de engaños y malicias. Resignado a lo inevitable, correspondió a la súplica antedicha y se encaminó a la sala, lentamente y rascándose la nuca, producto de los nervios contenidos.

—Hijo mío, ven acá, que no muerdo, caramba—in-sistió Nelson apresurando la caricia que le dirigía a Josefina—Tu mamá y yo estábamos preocupados.

Ricardito se quedó mudo y una vez más admiró las enigmáticas tinieblas que envolvían a Nelson, el color violáceo de sus venas le traspasaba la piel y un muladar de arrugas se le enfatizaba por todo el cuello, y era como si el pellejo mismo se le estuviera derritiendo, mermando, inconcebible. ¿Es que nadie lo notaba? No, nadie, y sin duda, tenía miedo de contárselo a su madre puesto que esta no tardaría en tildarlo de loco y la abuela Fernanda tampoco se quedaría atrás, aun con lo comprensiva y benevolente que solía ser.

—¿Nos das un minutico? —solicitó atizándole una mirada tierna a Josefina, que se puso en pie y estrujó a Ricardito, cobijándolo en sus aguados senos.

Al gozar de una relativa privacidad, Nelson lo invitó a que se pusiera cómodo y apagó su cigarrillo en la pata de la silla donde se arrellanaba.

—Debes tener un montón de cosas en tu cabecita, m’hijito—conjeturó cruzándose de piernas y perfilando una mueca sarcástica y espectral.

—Para nada—Ricardito quiso dárselas de duro, y no por un inconveniente de rencores guardados; tan sólo no se fiaba de esa supuesta apariencia con la que Nelson convencía a todas las mujeres de la casa.

—¿No estás feliz de que yo esté con ustedes?

—Me da igual. Usted no es mi padre.

—¿A no? —Nelson se mostró a la defensiva, frotándose el dorso de la mano y apretujándose un anillo de plata—¿Y de quién más?

—Ya no me interesa—rezongó, turbiamente y sin pestañear.

—Bueno, m'hijito, qué pena decírtelo, pero tendrás que aprender a soportarme porque de esta casa no volveré a marcharme, ¿Me oíste? Y si no te gusta, ni modo. Es lo que hay.

Ricardito estaba que ardía de furia, deseaba precipitarse sobre él y hundirle las uñas en los ojos para conjurarlo y sellarlo de vuelta en su ataúd. Nelson, en aras de conciliar con su hijo, extrajo una resortera que disimulaba en el reborde del pantalón, y como gesto de paz, se la obsequió a Ricardito, que no daba el brazo a torcer, negándose a aceptarla, aunque sí que le hubiera encantado fantasear con ella, ir a la finca a cazar tierrelitas, a tumbar racimos de mangos y bombardear panales de abejas. “¡Jé! Ahí está, eres un orgulloso incorruptible, y eso viene de mí”, alardeó Nelson, desmoronándose en una risita bobaliconna. “Usted...”, balbuceó Ricardito, “¡Muerto!”. Esta última palabra la pronunció dificultosamente, a duras penas resistía el peso de ella. Su padre quedó petrifi-

cado, y por fortuna, fue rescatado gracias a la brusca interrupción de la tía Carmen.

—¡Ajá!¿Ustedes no tienen filo? Vayan ubicándose en la mesa, que el almuerzo está listo y vamos a orarle al Señor.

La abuela Fernanda recitó una prédica que se sabía de memoria; prédica que Ricardito recordaba perfectamente a causa de aquel hábito ceremonioso en el que a menudo que se le obligaba a participar. Por lo pronto, intentó sembrar distancia con Nelson, que a medida que avanzaba el almuerzo, hacía chistes indecorosos y narraba algunas de sus vivencias más simbólicas; las mujeres de la casa reían y lo agasajaban, ignorando la siniestra y escurridiza sombra que lo revestía. Ricardito no podía soportarlo e inquieto por la impotencia que lo invadía, comió a grandes bocanadas, abandonó la mesa y se aisló en su cuarto. La noche no le cayó para nada bien, padecía ataques de pánico que lo ponían a transpirar y varias veces se dio unas palmadas de agua para aminorar su desasosiego, sin embargo, la escalofriante conmoción persistía, hormigueándole por los oídos y socavándole la conciencia, lo que acabaría traduciéndose en una poderosa adrenalina. A medianoche, Ricardito no aguantó más la presión que le comprimía los pulmones, de manera que se escabulló de su camastro, cuidando de no llamar la atención. La finalidad de aquella sigilosa empresa era secuestrar a la nigüenta, y en cuanto verificó que todos estuvieran durmiendo, arrancó el retrato de la pared, lo llevó consigo al

patio y franqueó el corral de las gallinas, vigilando que el impredecible morrocoyo—que acostumbraba a camuflarse entre la maleza y la pringamoza—no lo sorprendiera con un mordisco. Terminando de cavar una pequeña fosa, iluminado por los rayos plateados de la luna, Ricardito procedió a enterrar la nigüenta, cubriéndola con abono y aplanando el terreno erosionado hasta que la tranquilidad lo premiara debidamente.

A las cinco de la madrugada, habiendo recobrado la placidez del sueño, unos alaridos provenientes de la sala lo sacaron del sopor, y sobresaltado, Ricardito, acudió al epicentro de los hechos, limpiándose las lagañas y cerrándole el acceso a un bostezo matutino. La abuela Fernanda, tirada en el piso, lloriqueaba sin cesar, y ni Josefina o la tía Luisa, allí presentes, podían consolarla. En el ínterin, surgió la prima Liliana y la tía Carmen, no menos pasmadas que las demás, y con una expresión helada, anunciaron lo que sigue: “Se fue, sus cosas no están en el clóset. Ni se molestó en dejarnos una cartica el muy cínico”. La respuesta era deducible, Nelson se había esfumado definitivamente; sepultado en el corral, como la nigüenta, disfrutaba de un descanso eterno y luctuoso.

RETRATOS MORTUORIOS

Víctor supo heredar la sagrada casa que había sido testigo de infinitas crianzas, donde tíos, primos y abuelos forjaron tempranamente su infancia y murieron al cabo de los años, después de emprender aventuras improvisadas sin medir las consecuencias de sus hazañas, movidos por una delirante emoción que los instaba a correr riesgos innecesarios. Víctima de un paro respiratorio propiciado por el excesivo humo del tabaco, su madre, la señora Silvia Ortega, estuvo internada durante cuatro meses en un cuartico de hospital, unas veces fingiendo bienestar, y otras, sucumbiendo a los espasmos de la muerte. Víctor temía quedarse solo, iba a visitarla bastante, le llevaba flores, medicina, ropa, y así aprovechaba para discutir su estado de salud con los especialistas, que no le prometían grandes esperanzas.

Para el mes de junio, mientras preparaba un caldito de pollo y unas arepitas de queso, Víctor escuchó repiquetear insistentemente el teléfono, y el miedo no lo dejó levantar el auricular, aunque no hacía falta porque en el fondo intuía las oscuras razones de aquella imprevista llamada. Nadie acostumbraba a timbrarle a tales horas, así que sólo podía significar algo: sí, eso, lo que tanto había tratado de subyugar, de olvidar, de negar. “Lo sentimos, no pudimos con la señora Silvia”. Víctor imaginaba al doctor Sepúlveda notificándole esta noticia; y no lo iba a soportar,

lo mejor era postergar la muerte de su madre, darle tiempo extra, se lo merecía.

No fue sino hasta bien entrada la noche que Víctor se dirigió al hospital, dispuesto a firmar una serie de papeles protocolarios para luego planificar la ceremonia fúnebre, a la que meramente asistirían parientes lejanos y vecinos del sector; no más de quince personas. A decir verdad, a Víctor no le costó mucho trabajo recuperarse. Como era un matemático empedernido, se las arreglaba con los números, metido en cuadernitos argollados hasta que no dieran abasto, disfrutando de la enorme complejidad que implicaba el manejo de los signos y la armoniosa yuxtaposición de una cifra sobre otra, lo que le acarreaba dificultades de carácter lógico que lo ponían a meditar sin descanso, echándole cabeza a la cuestión, postergando el sueño adrede, y así, perdiéndose entre las diminutas cuadrículas de una hoja, Víctor logró relegar el sufrimiento que se le emponzoñaba en el corazón; sus ejercicios matemáticos equivalían a un anestésico del que se servía ocasionalmente, no le interesaba otra cosa que no fuera ese mundo perfecto y colmado de certezas que le aliviaban el espíritu, era como un pequeño genio que se desvivía por la propia naturaleza del juego en que se sumergía.

A menudo le llovían contratos en prestigiosas universidades de todo el país, incluso se le solicitaba para que brindara invaluable conferencias, pero Víctor detestaba los auditorios y el clima de las organizaciones, por lo que regularmente rechazaba jugosas ofertas sin un

dejo de remordimiento. Además, le causaba hartazgo el hecho de tener que enseñar y verse a sí mismo como un divulgador de conocimientos, sin embargo, sabía que, para sobrevivir, precisaba devengar un sueldo fijo que cubriera sus gastos personales y le permitiera dedicarse a lo suyo. Al principio, le dictaba clases a jovencitos desequilibrados que presentaban continuos problemas con el álgebra o la geometría.

Una vez que se cansó de agendar clases particulares, creyó que podía vivir de su herencia y dedicarse enteramente a las matemáticas. Lo primero fue poner varios anuncios en el periódico y en la radio, donde quiso comunicar un alquiler de habitaciones, acompañado por una lista de condiciones imprescindibles para garantizar la sana convivencia; prohibía el ingreso de mascotas, las reuniones que superaran un límite de tres invitados, el hospedaje a individuos ajenos al acuerdo, la música a niveles altísimos y niños menores de diez años.

Víctor era consciente de que encontrar un huésped que cumpliera todas las exigencias mencionadas suponía lo imposible, pero, de cualquier manera, no estaba dispuesto a renunciar a su tranquilidad por un poco de dinero. Y es que la casa le ocupaba demasiado, tanto en los quehaceres diarios como en el simple hecho de desplazarse de un lugar a otro; fácilmente podían caber veinte cuerpos y aún quedaría sobrando espacio. Por otra parte, lo abrumaban algunos tardíos y borrosos recuerdos que adquirirían propiedades sólidas cuando se veía acometido por un intempestivo

insomnio, y debido a la escasa limpieza que se le había aplicado a la fachada, esta carecía ya de sus primeros aires de hogar. El patio fue una de las extensiones más descuidadas; el perfecto jardín que solía crecer a un ritmo vertiginoso parecía entonces una jungla penumbrosa, habitada por animalitos extraños y anónimos que hacían susurrar las hojas y vivían al amparo del más fuerte. Todo ello le importaba un pepino a Víctor, que se la pasaba despeñado en su calculadora, ignorando el progresivo deterioro que lo cercaba.

Habiendo transcurrido una semana de aquellos anuncios en el periódico y en la radio, Víctor se dio por vencido y consideró retomar las clases particulares, o tal vez aceptar un modesto empleo como profesor de grupo en una escuela secundaria que no le supusiera muchas obligaciones, no obstante, una madrugada, cuando flameaban las luces tiernas del alba que ahuyentaban la neblina espesa y blanca que serpenteaba lentamente por el barrio, unos golpecitos en la puerta principal hicieron que Víctor se retrajera, asombrado o asustado; una de dos. Justo estaba levantándose, y revolviéndose a medias el cabello, cojeó hasta la primera planta, franqueó la sala, ablandó sus pasos de zarigüeya y fisgoneó a través de la mirilla, pero una nube densa y cenicienta le empañaba los ojos, impidiéndole distinguir la identidad del personaje que se balanceaba allí afuera, emitiendo un silbido cantor y despreocupado.

—Buenos días, caballero—saludó, destrabando la puerta y frotándose la cara—¿En qué le puedo servir?
—Vengo por lo del anuncio—dijo el desconocido,

quitándose la boina escocesa que le ocultaba su prematura calvicie—Dígame... ¿Es aquí o estaré errado con la dirección? Allá atrás me habían aconsejado que siguiera derecho y que doblara en la tercera esquina a la izquierda.

El hombre vestía pantalones de sarga y una camisa guayabera que traía mal abotonada. Tenía una mirada profundamente amarga, de ojeras pronunciadas y abundantes pestañas. No parecía pasar de los sesenta y por el acento dedujo que no era de la zona, así que, asimilando el par de gigantescas maletas que arrastraba detrás, Víctor comprendió la situación y derrumbó los muros de desconfianza que había sembrado. De buen grado, le hizo saber que estaba en el sitio correcto y que le alegraba que el anuncio hubiera tenido éxito. El huésped se presentó bajo el nombre de Germán Garrido y no comentó detalles acerca de su procedencia, a duras penas confesó que venía guiado por motivos profesionales. Según, se desempeñaba como fotógrafo en una revista de cultura, planeaba concursar en un certamen nacional y los paisajes rurales de Salamina lo habían deslumbrado totalmente. Víctor le quiso dar un paseíto rápido para mostrarle la casa y de ese modo, prevenirlo de unas cuantas dificultades que contenían su propio truco. Por ejemplo, si pretendía abrir los gabinetes de la cocina, debía maniobrar el cerrojo con la llave hasta que esta cediera, o también, si iba subir las escaleras, lo más conveniente era no apoyarse demasiado en las barandillas y transitar por los extremos contiguos a la

pared. El señor Germán asentía ante las numerosas indicaciones, memorizándolas y repitiéndolas a medida que avanzaban.

—El patio no se lo muestro porque está vuelto un desastre y lo mantengo cerrado pa' evitar que se metan los animalitos. Si va a colgar la ropa, arriba hay un balcón donde he puesto un tendedero.

—Debe ser un patio inmenso.

—Lo es—ratificó Víctor, socorriéndolo con una de las maletas—Es una cosa bárbara, lástima que no le haya invertido. Cuando mis padres...

Y se detuvo, consciente de que había tocado aguas turbias.

—¿Subimos? —repuso el señor Germán, atisbando la presunta incomodidad de Víctor, que se detuvo en seco y desvió la mirada.

La habitación que este había predispuesto era amplísima, estaba ornada con una cama de estibas, un armario de resina, una lámpara de vintage, unos cuadros paisajísticos y un baño de exclusivo uso, el cual comportaba ciertos inconvenientes con la cadena y la bomba del retrete, por lo que Víctor lo puso al tanto de dichas anomalías, instruyéndolo verbalmente.

—Esta casa parece hija de una iglesia—bromeó el señor Germán.

—Sí, lo había pensado.

—¿No se siente muy triste aquí?

—Qué va, afortunadamente siempre estoy distraído por un trabajo o algo así: soy matemático, eh, por si se lo pregunta.

—¡Fascinante! —consintió el señor Germán extrayendo una billetera de su bolsillo trasero—Mire, ahí le pago por adelantado el primer mes de estadía. Cuéntelo, cuéntelo, que pueda que se me vuele un billete de más o un billete de menos.

Víctor se cercioró de que el dinero estuviera completo y luego dejó que su huésped se estableciera en su espacio no sin antes recordarle los requisitos que acarreaba el hospedaje. “Verá, soy un tipo que pide hartísima concentración y le voy a estar agradecido si no hace mucho alboroto, usted entenderá”, aclaraba, medio apenado, a lo que el señor Germán le respondía que no se preocupara, que él tampoco gustaba del ruido y que podía estar tranquilo.

La rutina del señor Germán como fotógrafo era sumamente impredecible; variaba dependiendo de algunos factores determinados—no se sabía si anímicos, físicos o externos—que alternaban sus recorridos pintorescos en las riberas del río Magdalena o a las afueras de las fincas frondosas donde el ganado mugía y los gallos coreaban. El señor Germán se acompañaba de una cámara análoga que se colgaba en el cuello y unos anteojos redondísimos que refulgían un excesivo aumento, los cuales precisaba para configurar el dispositivo. No regresaba sino hasta el mediodía, cuando Víctor había preparado el almuerzo y practicaban gestos de cortesía que no demoraban en disolverse. Las conversaciones que con frecuencia sostenían versaba en asuntos de mínima trascendencia, más que todo, curiosidades culturales acerca de la gente de Salamina, que Víctor le explicaba como por educación.

Al notar que el oficio doméstico le restaba el valioso tiempo que invertía en sus compromisos, Víctor se tomó la libertad de buscar a una muchacha para que le lavara, le cocinara y le planchara, y no sólo a él, sino también al señor Germán, pues dichos servicios venían incluidos dentro de lo acordado, y aunque tuviera que aligerar los gastos, el propietario de la casa no dudó un segundo en hacer semejante sacrificio. Le urgía desechar cualquier responsabilidad que le perturbara su estado de calma absoluta, y un día, sin medir la experiencia práctica de la primera aspirante, Víctor acabó por contratarla; lo que únicamente le interesaba era que esta tuviera la voluntad de trabajar para ese dúo de lobos solitarios, unidos por la fatalidad y las circunstancias y que poco o nada se conocían.

—Disculpa, ¿Cómo dijiste que te llamabas?

En realidad, la muchacha no le había confiado su nombre todavía.

—Ana, señor—contestó, con voz frágil y queda; dieciocho años y tímida de pies a cabeza. A Víctor le agradó.

—Anita, verás... como no somos muchas personas aquí, lo que habrá por hacer será breve. Básicamente, todo lo que te he dicho. Y sé que la casa es grandísima, pero te irás adaptando. Eso sí, hay reglas, eh; procura no excederte con la bulla mientras estás en lo tuyo. Te lo agradecería de corazón.

—Sí, descuide, lo tendré en cuenta, pero dígame... ¿Y quién más vive con usted?

—Ah, el señor Germán. Es fotógrafo. Ahorita que llegue, lo conoces. Es un hombre muy sencillo y ca-

llado, un tantico más viejo que yo y toda la vaina, pero ajá... quizás me lleve unos diez o quince años.

—¿Y cuándo debería empezar?

—¿Qué te parece si vienes bien madrugadita pa' que nos prepares el desayuno? Lo digo porque el señor Germán siempre le gana la carrera al sol.

Y luego de enseñarle toda la casa procedió a conducirla a la puerta cuando el señor Germán, bañado en sudor e inspeccionando el visor de su cámara, interceptó la despedida de ambos sin querer. Víctor lo abordó de repente, estrechándole el hombro y presentándole a Ana. “Un placer, señorita”, saludó y entonces les solicitó permiso, apurando unos botoncitos de la cámara. Víctor captó ese levísimo desasosiego que se le enmarcaba en el rostro, lo que le movió una intriga dormida, pero no por ello fue detrás de él en busca de respuestas. Pacientemente y disimulando lo ocurrido, volvió a recordarle todo el itinerario a Ana, que se mostró generosa y capaz.

Contando con su colaboración, Víctor podría destinar los merecidos esfuerzos a lo que por naturaleza le incumbía, y más aún, si así lo deseaba, podía ir más allá y navegar por regiones vírgenes e inexploradas, idea que lo hacía imaginarse en su escritorio, sumido en las apologías técnicas de unos libros macizos y enciclopédicos, documentándose acerca de los enigmas sin treguas que inquietaba a los eruditos del mundo, aprisionados en un laberinto artificioso. A sabiendas de que las estadísticas desalentaban, Víctor no le temía al fracaso, argumentaba que los errores simboli-

zaban el quicio del éxito, y allí '*la conjetura de Hodge*' o '*el intervalo másico*', teorías que divagaban en tormentas sombrías, lo seducían apasionadamente.

Siendo las cinco de la tarde, Víctor se extrañó de que el señor Germán no hubiera dado señales de vida, por lo que dispuso una merienda para averiguar, además, si se encontraba bien. Detestaba entrometerse en la intimidad de los otros, pero era el precio que le correspondía asumir como persona a cargo. Sin echarle demasiada mente, remontó las escaleras sujetando una bandejita de electroplata; el té de canela extendía bocanadas de humo y las tajadas de pan que había horneado se veían doraditas y crujientes. Al encauzarse hacia la habitación de su huésped, se detuvo de golpe a causa de un ataque de risitas espeluznantes que traspasaban los muros y provocaban un eco ensordecedor, lo que desconcertó de inmediato a Víctor porque, que él supiera, no contaba línea telefónica en la casa.

Víctor situó la bandejita de electroplata en el piso, recorrió una corta distancia y pegó el oído a la madera fría y vetusta de la puerta, que emitió un chirrido fantasmal, producto del peso de su cuerpo que se le había ido de más. El señor Germán, enmarañado en sus propias invenciones, no percibió tal negligencia y continuó hablándose a solas y desplazándose de un lado a otro; Víctor pudo deducirlo gracias a la decadencia del cerezo, cuya textura revelaba el ajetreo y la vibración de la actividad en cuestión. Bruscamente, el cariz de su actitud cambió y una ristra de plegarias al borde de las

lágrimas empezó a resonar. El señor Germán lanzaba gruñidos, aporreaba la pared con los puños y se echaba como un niño al que se le ha arrebatado un dulce. “¡Perdóname, hermanito, perdóname!”, suplicaba, desvaneciéndose en quejidos ininteligibles que le desgarraban la garganta. “Javier, yo sé que no sospechas de mi arrepentimiento, soy de errar, y aunque no merezca perdón... perdóname“. No pudiendo aguantar la desesperación que le burbujeaba en el pecho, Víctor se arriesgó, tocando sonoramente con los nudillos y exclamando lo siguiente:

—¡Señor Germán! ¿Cómo va todo? ¿Olvidó su almuerzo o se quedó dormido?

—Ah, sí, sí... deme unos cinco minutos y salgo, que estoy ordenando un par de cositas.

—Y le traje una meriendita, por si gusta. Se la coloco en la entrada ¿Sí?

—Qué amable, enseguida la recojo.

Pero el señor Germán nunca abrió la puerta para recoger la merienda, ni siquiera bajó a recibir el almuerzo. A eso de las ocho de la noche, el plato de comida que se le había guardado adoptaba ya una pésima apariencia y las moscas revoloteaban alrededor del él, visiblemente alegres por el ceremonioso festín que se les confería. Víctor estuvo al pendiente, y en ningún momento se escuchó que alguien destrabara el pomo y se asomara. “¿Quizás ahora sí se durmió?”, especulaba, desde su cama, “Tampoco es que lo oiga roncar, ¿Debería llamarlo? ¿Y si se desmayó o le dio un ataque de pánico?”. Por desgracia, no halló la excusa

perfecta para interrumpir su silencioso ritual, por lo que desistió y aguardó con la esperanza de que todo fuera fruto de una injustificada paranoia.

A medianoche, en lo que conciliaba el sueño de cara con la almohada, unos murmullos sediciosos se le vertieron en el caracol de la oreja. Era el señor Germán, nuevamente. Monologaba sin alterarse y parecía estar ensayando el guion de una obra teatral, pues el lacrimoso discurso que refería vestía el ritmo fonético de un relato lírico. “Sí, Ofelia, mi amor, sólo Dios sabe cuánto me hieres con lo que dices... Compadécete de este dolor mío, hazlo, te lo imploro, Ofelia ¿Quieres que me arroddille? ¿Quieres que te lllore?”, y de aquel pedacito no pasaba; lo repetía una y otra vez. Víctor presumía que a lo mejor estaba aprendiéndose algún drama de Shakespeare, o si no, ¿Por qué estaría mendigando con tremenda insistencia?

Al despuntar el alba, con Ana endulzándoles un tintico y el señor Germán sentado en la mesa—checando unos dibujitos ilegibles que, por la entrega que sugería su semblante, representaban un preciado palimpsesto—, Víctor se precipitó, animado:

—Así que le gusta Shakespeare.

—¿Shakespeare? No lo he leído en décadas—admitió el señor Germán.

—¿No? ¿Y qué dramas anda leyendo? —inquirió, avergonzado.

—Ninguno, desde que perdí la vista en mi ojo izquierdo, no he vuelto a coger un libro. Antes sí, en mi juventud, cuando me ganaba unos cuantos pesitos en la librería de una tía.

Víctor palideció.

—¿Cómo así? ¿Y lo de ayer...?

—¿Lo de ayer? —devolvió, desorientado—¿Qué sucedió ayer?

—Usted estaba hablando solito, ¿Si se acuerda?

Algo en las pupilas del señor Germán cambió drásticamente porque el brillo que emanaba de ellas desapareció o disminuyó lo suficiente como para que Víctor no pudiera verlas, y oponiéndose al desayuno, introdujo su libretica en una mochila, colgándose la cámara fotográfica en el cuello y marchándose de la casa, molesto o decepcionado, difícil era adivinar el sentimiento que lo asaltaba. Víctor quiso ir en pos de él y excusarse por su impertinencia, pero Ana, que lucía muy rabiosa e indignada, lo detuvo.

—¿Usted también me va a despreciar el desayuno?

—No, no, cómo vas a decir eso, Anita... ven, tráemelo, que lo que tengo es filo.

—¿Y el señor Germán?

—Tápaselo y ponlo encima de la estufa, donde pueda encontrarlo cuando llegue.

Ana obedeció y juntos desayunaron sin compartir novedad alguna.

En los días que sobrevinieron, la situación no mejoró en ningún aspecto. El señor Germán se había retraído de una manera vertiginosa e inusual que por lo regular alarmaba a Ana y Víctor le hacía comprender que el hombre estaba atravesando una desilusión sentimental bastante fuerte, inventándole una que otra historia ficticia para sosegarla en lo que él averiguaba cómo

resolverlo. Al señor Germán no le interesaba generarles molestias, desde que había sido descubierto, se esmeraba poco en disimular, aunque una significativa variación se dio después de lo acontecido con Víctor. Lo que habitualmente fluctuaba entre irrisorias dramatizaciones y pesarosos ruegos, comenzó a concebir otras facetas al ras de la discusión, de la tenacidad, del hastío y de la testarudez. De vez en cuando, y sin necesidad de aguzar los sentidos, advertía el violento barrido de un rimero de papeles que se esparcían por el piso, o también, la misma ruptura de estos, que se hacían trizas e iban a parar a quién sabe dónde.

Fue así como el señor Germán trató de evitar la estadía en la casa, escondiéndosele a Víctor y refugiándose en las humildes caridades que el pueblo le brindaba. No llegaba a dormir y, esporádicamente, comía o se bañaba. La habitación la dejaba con llave, por lo que Ana, a espaldas de su patrón, jamás pudo corroborar el secreto que allí encubría. Los vecinos del sector, por supuesto, siempre le informaban a Víctor sobre las andanzas del señor Germán, que a diario no incurría en acciones dudosas o fuera de lo común, sino que se avezaba a su labor fotográfica en las distintas zonas del pueblo que le resultaban dignas de admirar. En esas estuvo dos meses enteritos, periodo en que hizo formidables amistades y jugaba a dominó en las cantinas, bebiendo cerveza, apostando en el póquer, aprendiendo a fumar tabaco y empapándose de mitos fantásticos y grotescos. A veces, sin prever el desenlace de sus desaforadas parrandas, amanecía

recostado en los escaños del parquecito de la iglesia, tapado hasta la barbilla, al amparo de las lechuzas y los mosquitos.

Y la noche en que finalmente decidió poner la cara en la casa, a la mitad de una cena. el señor Germán ofreció sus más sinceras disculpas y prometió no incomodarlos en lo que le quedaba de tiempo. “¿Cómo así? ¿Se nos va tan rápido?”, devolvía Víctor, desencantado y equivocado al imaginar larga la estancia de su huésped, lo que acabaría por gestarle ciertas urgencias económicas, porque sí, estaba cansadísimo de postergar el pensamiento matemático, escasamente había estudiado un par de títulos críticos que debatían las enrevesadas y clásicas técnicas propuestas por personalidades inminentes, pero Víctor anhelaba sondear más allá, y para cumplir sus objetivos, debía librarse de los inconvenientes que lo asediaban.

—Así es, amigo mío. Me voy la otra semana—dijo el señor Germán, acabándose el último bocado del plato—He disfrutado y trabajado como un loco... y para una persona de mi edad, es más de lo que podría haber esperado.

—¿Y tomó excelentes fotografías? —intervino Ana, apilando la porcelana.

—Sí, quedé satisfecho.

—¿Y vuelve?

—Claro, en un futuro... si mi Dios quiere—y rodando la silla, se retiró de la mesa, añadiendo lo que sigue: —Iré a darles la noticia a la gente de la cantina, que se han portado divinamente conmigo.

—Sí, adelante, adelante—concedió Víctor, haciéndole un ademán con la mano.

El señor Germán les sonrió a los dos, en lo que revisaba su reloj de bolsillo.

—Regreso en... treinta minutos—aseguró a la distancia.

Ana trasladó toda la porcelana hacia el fregadero y enjuagó pieza por pieza mientras Víctor repasaba lo ocurrido; más que una disculpa, aquello figuraba el término de su estabilidad espiritual, y lo aceptaba, pero ello no le facilitaría el juego, y luego estaba lo otro, el mero hecho de tornar al punto de partida sin unos recursos monetarios que le garantizaran, a lo sumo, una subsistencia permanente o, en todo caso, lo justo para pagar la asistencia doméstica de Ana.

—¿No siente curiosidad? —insinuó, emergiendo de la cocina con un trapito húmedo que deslizó alrededor de la mesa.

—¿Curiosidad?

—Sí, o sea... curiosidad de chismosear en la habitación del señor Germán, que como usted habrá notado, lleva varios días sin entrar ahí. Es obvio que está rehuyendo de algo, y la intriga me está matando, ¿No le pasa?

—Honestamente, Anita, prefiero ahorrarme el esfuerzo.

Ana abandonó su vano intento de persuasión y concluyó con los detalles que le restaban. Agradecido, Víctor exaltó sus atenciones y le canceló lo que correspondía a la quincena del mes, motivo que fue de inmensa alegría para la muchacha, que de un salto se puso en el mercadito de don Pucho puesto que había

personas que depositaban sus esperanzas en ella y era preciso llegar a casa con los brazos llenos. “La abundancia atrae más abundancia”, alegaba Ana, propinándole un cálido abrazo a Víctor y, posteriormente, desvaneciéndose en la oscuridad.

La soledad que se condensaba a lo largo y ancho de la casa amplificó los recuerdos melancólicos y juveniles de Víctor; la genuina liviandad de sus sueños, la simulación del peligro cuando su padre participaba en las corralejas y los arrumacos maternos que lo abrigaron hasta una edad muy avanzada. Esas preciadas y pequeñas fisuras que se le hendían en la memoria lo hicieron perder la capacidad de interés por las lecturas investigativas que realizaba, propósito que continuaría retrasándose inevitablemente, y Víctor no agarró malhumor ni nada, sino que emitió un bostezo gradual y se escurrió una lágrima forzada, persuadido por la pereza y el cansancio.

Hostigado por las indiscretas pretensiones de Ana, Víctor se detuvo frente a la habitación del señor Germán antes de encerrarse en la suya. Lo que hizo que se frenara de pronto fue un flamígero rasgueo que provenía del otro lado, sonido que no hallaba término y que aumentaba el nivel de agresividad con el que se afirmaba, segundo a segundo. Víctor rozó la madera de la puerta con la yema de los dedos y ojeó a través del cerrajo, pero el inquietante pulso persistía ahí, furibundo y exasperado. “Ay, Anita, me has sembrado un nido de cucarachas en la cabeza“, murmuraba para sí. Como quien no quiere la cosa, se acordó del manojito de llaves

herrumbrosas que atesoraba en las gavetas del ropero; Víctor se caracterizaba por ser un individuo cauteloso, poseía una copia adicional de cada cerradura, previniéndose así de cualquier emergencia.

Temblorosamente requisó las gavetas de su ropero y extrajo el manojó de llaves que ansiaba con tanto ahínco. Víctor obraba por puro impulso natural, puesto que, de haberse detenido a sopesar su desfachatada intromisión, habría retrocedido enseguida; es decir, que ese asalto a la privacidad del prójimo demandaba un estado de estricta enajenación. El rugido prolongado y decadente de la puerta que se explayó con apacible lentitud reveló lo que sería el secreto más apabullante del señor Germán. El contenido de lo que había adentro no le suscitó asombro o estupefacción, sino una irreparable repugnancia; maletas deshechas, prendas por aquí y prendas por allá, arrugadas, cubiertas de estiércol y hediondas a sol, al igual que la variedad de calzado que tenía.

Aquel rumor siniestro y espectral se atemperaba a medida que ahondaba más en el enigma, y de improviso, descubrió un detalle sustancial que, al principio, había pasado por alto. Una lluvia de fotografías a blanco y negro yacían esparcidas en el cerezo, y donde quiera que pisaba, resbalaba sobre las láminas lisas y refulgentes. Víctor pormenorizó a fondo la cuestión; la incertidumbre que albergaba en sus pulmones se le hacía insostenible.

Estas imágenes esbozaban una imprecisa cantidad de rostros masculinos, femeninos y pueriles; destacaban

profunda felicidad, inquebrantable regocijo e inabundada nostalgia. En resumidas cuentas, eran expresiones que solamente evidenciaban el rastro de una inminente muerte, despojadas de su calidad vitalicia. “Los vivos no lucimos así”, sostenía Víctor, identificando, en la más absurda lejanía, un concierto de voces discordantes y ambiguas que amenazaban con aniquilarle el juicio.

Y en el reverso de las fotografías se percató de un hallazgo todavía más estremecedor. Unos garabatos trémulos e inconexos se iban trazando y superponiendo en las múltiples láminas sin fijar pausas, como si estuvieran siendo mecanografiados desde un penumbroso e inescrutable abismo. Con todas sucedía lo mismo, en ellas se emborronaban palabras confusas y dibujos burlescos que reflejaban un sentimiento al cual no pudo determinarle una rigurosa denominación, y mientras verificaba los mil y un retratos, como buscando un circuito fidedigno que le esclareciera la extraordinaria vicisitud, Víctor alcanzó a interpretar diferentes signos hasta que consiguió componer una oración clara y consistente: “¡Germán! ¿Dónde estás, amor mío? Soy yo, Ofelia”.

LA CAMA MARITAL

Instalados en un apartamentico modesto y alejados del barullo incesante de la ciudad, Gabriel y Angélica celebraban en soledad sus tempranas nupcias. Las pésimas condiciones económicas que importunaban la situación del momento correspondían a la inversión de los ahorros programados para el abono inicial del inmueble que habitaban. “Si vamos a demostrar que podemos, habrá que sacrificar un montón de lujos por ahora”, le recordaba Gabriel, que a veces notaba un dejo de desánimo en la expresión de Angélica. Realmente, eran unos jovencitos inexpertos, movidos por la flamígera llama de una pasión desenfrenada, no superaban los veintisiete años y poseían grandes expectativas en cuanto a los propósitos personales que guardaban.

Habían optado por contraer matrimonio ante autoridades civiles, prescindiendo de los ritos religiosos que tanto molestaban a Gabriel, además de los numerosos gastos que implicaba el código de vestimenta, las tarjetas de invitación, la ornamentación en la iglesia y otras cuantas prioridades que demandaba aquel convencionalismo innecesario. El pequeño evento tuvo lugar en las oficinas de una notaría, donde firmaron los documentos reglamentarios y fueron acompañados por amistades cercanas que, luego de cerrarse el compromiso, los llevaron a un bar y bebieron cerveza

a morir. Los familiares también estuvieron presentes, y aunque no aprobaban la precipitada unión, convinieron en hacerles regalitos para amortiguar su descontento; más que todo, artículos de hogar y adornos de mesa que recibieron amablemente, sin embargo, el objeto que con el paso del tiempo le depararía enormes dificultades a la pareja, fue concedido por el tío Omar. Y en efecto, al día siguiente este arribó al apartamento de ellos con una desvencijada furgoneta en la cual cargaba innumerables materiales que Gabriel no supo identificar a primera vista, y en lo que un grupo de mozalbetes ayudaba a desembarcar, el tío Omar les aclaraba la naturaleza de su obsequio.

—Mira, sobrino, herencia de la buena: una camita que ha resistido generaciones. A la familia le ha servido pa' solucionar sus diferencias. La van a necesitar como no tienen idea. Es como una prueba de fuego; ustedes nomás apártense, que yo se las armo.

El tío Omar ingresó al apartamento y colaboró trasladando las piezas de la cama. Gabriel y Angélica no entendieron a qué se refería con lo de 'prueba de fuego' y, aun así, no trataron de indagar. Por encima del chirrido de las tuercas, los golpes de un martillo y el crujir de la madera, el tío Omar lanzaba indicaciones a diestra y siniestra, y cuando la cama estuvo preparada, solicitó la aprobación de los recién casados, que sólo asintieron desconcertadamente.

—Permítanme y les explico, mis niños...—suspiró el tío Omar, apoyándose en el quicio de la puerta y hurgándose una muela podrida y deshecha con el dedo

meñique—De ahora en adelante deberán portarse lo mejor posible con la cama. En ocasiones se pone muy sensible y si percibe cierta tensión entre ustedes o algún mal gesto con ella... ¡Jumm! no querrán saber los resultados, así que pilas, eh... que si la vaina se calienta, busquen cómo resolverlo, o de lo contrario, en esta cama no van a poder dormir tranquilos, de ahí que en nuestra familia, sobrino, haya habido matrimonios con futuro y otros que ajá...

Gabriel le prometió al tío Omar que tendrían presente todas las apreciaciones que había hecho. Angélica también estuvo de acuerdo, eso sí, medio incrédula y sospechando seriamente de la salud mental de aquellos dos hombres que se sumergían en una revisión exhaustiva de la cama. “Ven, cariño, probémosla”, exhortaba Gabriel, haciéndole un ademán con la mano y estimulando su trasero en el colchón como para transmitirle confianza. “Siéntate y brinca, es súper suavecita ¡Aquí iremos a descansar como Dios manda!”. Angélica obedeció, se sentó en el reborde y rebotó tímidamente. “Está ligerita”, dijo, observando de reojo al tío Omar, que se sentía dichoso con la satisfacción que inspiraba la comodidad de la cama. Durante el resto de la tarde no hablaron más que de las muchas responsabilidades que asumirían a partir de allí, y al caer la noche, Gabriel y Angélica se metieron juntos a la cama con la ilusión en su más alto esplendor, pues viéndolo bien, gozaban de un empleo fijo y estable, llevaban las cuentas del banco cronometradas y se hallaban en ese nuevo y bellissimo

apartamento. La felicidad que se les confería bajo el calor de las sábanas despertaba en la superficie de sus cuerpos lujuriosas fruiciones que los hacían disolverse en cálidos y desmesurados roces, por lo que entregarse a las riendas airadas del amor, desnudos y sudorosos, valía el esfuerzo y la trasnochada.

Así continuaron en las semanas atareadas que sobrevivieron, adaptándose a las fases de una vida repleta de prisas y recuperándose en las armoniosas amplitudes de la cama, en medio de los gemidos furtivos y el jugoso fruto del erotismo. Entonces Angélica fue perdiéndole la desconfianza a los consejos del tío Omar en lo que concernía a su dádiva, de manera que resolvió tomarlos simplemente como un chiste y darle libre albedrío a esos ataques de afectividad que practicaba con Gabriel, quien, a pesar de los múltiples trajines que lo acuciaban, nunca parecía cansado cuando se le requería.

Otra de las particularidades que Angélica y Gabriel descubrieron en el decurso de su relación fue la supremacía de los profundos e ilusorios sueños que derivaban en una gran cantidad de mundos fantásticos, los cuales les deparaban magníficos gozos y misteriosas ocurrencias. En el desayuno, mientras el uno se ajustaba la corbata y la otra se acicalaba en el espejo, tendían a compartir esas experiencias oníricas inspiradas por una candidez de temer, como si les resultara natural el bienestar recíproco que constantemente aumentaba, lo que, sin duda, era motivo para alegrarse. Todo comenzaba con un: “Mi amor,

imagínate que hoy soñé que...”, y acababa tras una exclamación eufórica, casi siempre por parte de Angélica, cuya emoción radicaba en las interpretaciones genuinas y novelescas que imaginaba.

Asimismo, solían esperar la noche con una excitada impaciencia, el corazón les latía ferozmente y apenas se veían, procedían a retozar como conejitos silvestres en la cama, donde los cercaba una paz infinita e imperturbable. Y sí, sin verlo venir, esta empezó a ser asunto de mucha prioridad. En cuanto se levantaban, hacían el amor sobre ella, rociaban con perfume los almohadones, se presumían a besos en su presencia y la dejaban en sanas condiciones.

Aquellas semanas de plenitud significaron un avance extraordinario. Gabriel y Angélica no podían creer el recorrido trazado porque incluso habían reunido lo justo para festejar esa luna de miel que se estaban debiendo. Por desgracia, se vieron en la obligación de postergar lo añorado en vista de los afanes diligentes que suponían sus labores. Angélica quería ir a las islas de San Bernardo, conseguir un estupendo bronceado, bucear con delfines, tortugas y mantarrayas, dar un paseíto en lancha, comer pescado frito, en fin.

—En diciembre pedimos vacaciones y nos abrimos de esta ciudad—le aseguraba Gabriel, en lo que preparaban unas tortillas de huevo a las carreras para desayunar en el camino puesto que el placer carnal los había demorado un poco en la cama—Disfrutaremos de dos semanitas por allá y regresamos sin avisarle a nadie. Tú sabes que a mí me gusta la discreción.

—¿Y la cama? ¿Qué haremos con la cama?

Angélica se refería a ella como si se tratara de un lactante al que habría que dejar al cuidado de alguien, y al principio, consideraron en llevarla, pero los inconvenientes que acarrearía la compleja iniciativa no los convencía del todo, por lo que desistieron de dicha empresa, lo que acabó pensándoles en el alma. Gabriel argumentaba que lo más prudente era abandonarla, permitirle descansar de sus cuerpos. De cualquier forma, todavía faltaba hartos tiempo para que pudieran concretar los pormenores del viaje.

Por supuesto, no todo el paisaje en el que felizmente venían deslizándose era color de rosa. La salud física y mental que les predisponía la cama aliviaba el cansancio que acumulaban a diario, no obstante, la convivencia también tenía sus puntos oscuros en los que Angélica y Gabriel quisieron trabajar, pero conforme reincidían las mismas negligencias, el uno empezaba a reñir con el otro, lo que hacía que se tornara más difícil conservar una postura pacífica, serena. En realidad, las desavenencias que sostenían eran sumamente irrisionarias; que porque Gabriel no alzaba la tapa del retrete cuando orinaba, que porque a Angélica se le olvidaba pasarle el pestillo a la puerta antes de echarse en la cama, que porque se acumulaban los trastes sucios en el fregadero o porque se dejaba la ropa colgada en el respaldo de la silla y no en el tendedero del patiecito.

—¿Cuántas veces te lo he repetido? —replicaba Angélica, histérica— ¡La tapa del retrete tienes que alzarla o si no la salpicas toda!

—Caramba, me huele a que esto es puro capricho tuyo—devolvía Gabriel—Si mi puntería es casi que perfecta.

—¡Pero no *perfecta*! —corregía Angélica, ruborizándose de la indignación.

—Lo que te molesta es que no se haga a tu modo.

—Yo no sé qué tipo de crianza te habrán inculcado, lo que si te digo es que cuando vives con una dama, lo ideal es que te portes como tal.

—En ese caso, ¿Qué pasa que no te pellizcas con lo de la ropa? Por algo puse el tendedero en el patio.

—No, señorito, no me vengas a voltear la torta, que eso es harina de otro costal—respondía a la defensiva; los dos eran unos tercos sin remedio y ninguno daba el brazo a torcer.

Fue así como la cama comenzó a operar malignamente, proporcionándoles malestares musculares y neurosis intempestivas a los huéspedes que la ocupaban. Gabriel interrumpía su pesado sueño en las madrugadas, bebía tres dedos de leche tibia y volvía a incorporarse en el sopor que había presumido siempre accesible, intentos que fueron fracasando a medida que prosperaba la noche y se intensificaba la vigilia. Angélica, por otro lado, sufrió dolencias musculares, tanto que, al erigirse de la cama, ejecutaba su ejercicio abdominal con tal dificultad que precisaba del apoyo de Gabriel. “¡Ah! ¿Qué pasó? ¿Con qué te jodiste que andas quejándote?”, inquiría, buscándole heridas en la cabeza, en las piernas, en los brazos. “No lo sé, tuve que haberme dormido en una mala posición”, conjeturaba, enderezándose y soltando una sarta de gruñidos.

—Lo estamos haciendo mal—admitía Gabriel, que a mitad del desayuno se le quitaba el apetito—Si vas a estar así, mejor ni desayuno.

—Ajá, ¿Cómo esperas tú que me sienta con este dolor de espalda?

—Y va a empeorar si sigues en esa tónica—vaticinaba Gabriel, recogiendo los platos sucios y zambulléndolos dentro del fregadero—Mi tío Omar nos lo recalcó perfectamente.

Angélica contuvo una risita que estuvo a nada de estallarle en el pecho, pues no concebía que Gabriel creyera semejantes patrañas, pero no se lo dijo, evitó caldear más los ánimos y prefirió lidiar con el caos que ya los asediaba. Por lo regular, hubo momentos en que dejaban las armas en el piso, ondeaban bandera blanca y sucumbían a los latidos voluptuosos que avivaba la plateada luna, y allí la cama cooperaba en esas efímeras reconciliaciones que sólo duraban un chasquido y que eran imprescindibles para renovarles la voluntad conyugal.

Las discusiones entre Gabriel y Angélica se agravaron cuando indeliberadamente decidieron convertir toda forma de comunicación en una competencia agresiva y provocadora, cuyo motor consistía en juzgar los defectos del otro a viva voz. Estando a solas, no se perdonaban ni el más mínimo desliz, y sólo en las tiernas y lisas caricias de la cama encontraban la cura exorcizante de sus demonios para entonces poder empezar desde cero; en ese inalterable vaivén subsistieron unos dos meses, que indudablemente sufrieron con

creces puesto que la paciencia y la esperanza habían estado agotándoseles.

—¿Qué propones? —insinuó Angélica, una tardecita en que compartían sutilmente el silencio; él, enfrascando en sus apuntes entreverados y escritos a las carreras, y ella, revisando las novedades en descuento electrodoméstico que anunciaba el periódico matutino. Gabriel, sin parecer sorprendido o confuso, comprendió el mensaje de Angélica y no le tomó ni un segundo meditar la respuesta.

—Por lo pronto, engañarla—sugirió—y ahí miramos si luego solucionamos este problemita que nos tiene con un dolor de cabeza ni el berraco, pero ajá... lo de engañar lo digo sencillamente para ganar tiempo.

—¿Engañarla?

—Sí, o sea, fingir que nos va de maravilla... tú sabes, evitar las peleas enfrente de la cama, hacer como si todo estuviera resuelto.

—Me parece fenomenal porque otra noche así no me la aguanto.

—Hasta que coincidimos en algo—añadió.

Determinados a jugársela, Gabriel y Angélica se empecinaron en persuadir a la cama de que las contiendas habían cesado y que al final, el amor cantaba ya su espléndida victoria por encima de las amargas y tétricas horas en que no paraban de retarse, y partiendo de actuaciones que no les costó demasiado imitar, forcejearon a medias y empañaron sus diferencias, por lo que felizmente tornaban a la parsimonia. Gabriel se servía de cortejos y cariñitos para acentuar su

simpática actitud y Angélica se prestaba a tales artes, siguiéndole siempre la corriente.

A decir verdad, aquellos engaños que fraguaban en común acuerdo figuraban también una estrategia excepcional para rehuir de sus conflictos internos dadas las amnesias periódicas que traían como consecuencia la apertura de un vínculo virgen y a prueba de negaciones. Sin duda, ninguno de los dos ponía en controversia el amor que solían profesarse; es más, podía caerse el mundo a pedazos y sus delirios de juventud quedarían todavía intactos. Pero, a pesar de unir esfuerzos, toda tentativa de apariencia terminaba siendo infructuosa. De algún modo que desconocían, la cama advertía tales pretensiones, y con frecuencia, los descubría, infraganti. Hubo episodios, efectivamente, en que Gabriel y Angélica traspasaban las barreras de esas invenciones que ideaban, regocijándose en la liviandad de sus ternuras evocadas, pero la cama no aprobaba dichos aciertos porque lo que precisaban, a todas luces, era un acto recíproco de sinceridad que les aclarara el camino. Fue por ese motivo que la pareja sufrió más de lo esperado; las pesadillas que padecían se les hacían insoportables al igual que las punzadas lumbares que poco a poco les taladraban los huesos. El semblante de la cama cambiaba a lo drástico y no volvieron a tener, al menos por las noches, un minuto de tranquilidad.

—Fíjate que parece que no era tan ingenua como nosotros pensábamos—reconoció Gabriel, desilusionado.
—Es tu culpa—arremetió Angélica—A mí sí se me hacía raro que tu tío quisiera regalarlos esta cama... y

tú para no hacerle el desplante, la aceptaste como si nada, y muy emocionado que sí te veías.

Gabriel torció los ojos y se acarició el mentón.

—¡Ah! y vuelves con lo mismo... por eso no hemos podido librarnos de este bendito aprieto. Deja la cizaña y compórtate, carajo, que se te irá a poner la cabeza blanca.

—Habrá que sacarla de la casa, deshacernos de ella—puntualizó Angélica, ignorando comentario de Gabriel.

—Si lo dices así, suena horrible, pero concuerdo contigo.

—Perfecto, que no se hable más: me iré a maquillar y enseguida nos vamos a una mueblería—concluyó, poniéndose en pie y encaminándose al baño—Compraremos otra y listo, se acabó.

Una vez que arribaron a la mueblería más cercana, un asesor de ventas atendió sus requerimientos y los paseó por las instalaciones del almacén en lo que la pareja iba constatando la textura de los colchones, el espacio del que disponía cada cama, el relleno de los cojines de bordado, incluso la resistencia del entablado. En ese sentido, el riguroso examen al que se adhirieron les robó mucho más tiempo del que estipulaban puesto que las minuciosas pruebas que fueron aplicando se basaron en recurrir a elementos prácticos: recostarse bocarriba y bocabajo, ensayar movimientos con innata brusquedad y estirar sus extremidades de par en par. Según iban avanzando, consultaban en comunión los juicios a favor y en contra,

aun cuando el asesor de ventas, que se hacía llamar Javier Lozano, parecía molesto, a un pelo de renunciar a su tarea, pero en cuanto este planeaba desistir, Gabriel o Angélica lo detenían de repente para solicitarle detalles al respecto. A fin de cuentas, el prototipo que eligieron cumplió con sus expectativas. En el mostrador, cancelaron lo justo, y el personal de la mueblería, adicionalmente, les suministró un vehículo para transportar la cama al apartamento; importe que vino inserto dentro de la compra efectuada.

—Señores, antes de que suban, necesito que me echen una manito pa' desarmar la otra cama—suplicó Gabriel, juntando las palmas y dedicándoles un guiño.

—Claro, patrón, si pa' eso estamos—dijo uno de los mastodontes que descargaba el vehículo, dotado de rasgos ásperos y simiescos.

—Vengan, vengan, que es por aquí—insistió Angélica, destrabando la puerta e invitándolos a entrar.

La cama que los había guiado a lo largo de todo el proceso marital, pedazo a pedazo, fue desintegrándose; los tornillos repiqueteaban en el piso, la cabecera se desarticulaba maquinalmente y las tablas se apilaban en grandes filas para después ser sujetadas con una cabuya. “¿Dónde prefiere que la pongamos, patrón?”, indagaba uno de los operarios, desnutrido, de cabello lacio y grasiento. “Llévenla a la esquina, compita, que más tardecito la recoge el camión de la basura”, señalaba Gabriel, y cuando la intervención llegó a su término, compensó la mano de obra con unos panecillos de queso que su esposa horneó de

rapidez. Al cabo de la medianoche, Gabriel y Angélica se arrebujaaron en su nuevo lecho, ejercitaron un poco los labios, se exploraron las carnes con mansa lentitud y fundieron los músculos de sus piernas en una fogosa e imparable trabazón, aunque el ingrediente secreto por el cual habían defendido el sacrificio realizado, no los abrigara ya más.

REBELIÓN DE HORMIGAS

Según le habían dicho sus padres, el abuelo Joaquín acababa de morir y era preciso que alguien, al menos temporalmente, se hiciera cargo de las actividades labriegas en la añorada finca de la que siempre le hablaban puesto que muchos campesinos descamisados confiaban allí el sustento diario y no valía la pena dejar morir una fuente de ingresos tan próspera y colosal. Asimismo, Pablo y Amanda, que habían concebido a Toñito en la urbe, querían que este tuviera ese primer contacto de afectividad con Salamina, así como ellos disfrutaron alguna vez de las tardecitas empapadas de lluvia y sol, de los encuentros pasionales que se proponían a escondidas y de la cacería incesante que les daban a las libélulas, a los murciélagos, a las mariposas.

—¡Te va a encantar! —le aseguraba Pablo, que cuando evocaba sus remotas historias, los ojos le brillaban—Allá la vida es otra cosa, m'hijito.

Toñito no se mostraba muy emocionado, pero tampoco quería arruinar las expectativas de su padre, que, más que triste por la partida del abuelo Joaquín, parecía gozoso de volver a sus orígenes. Aun con trece años, le era prácticamente imposible objetar; al fin y al cabo, el acontecimiento fúnebre ameritaba la presencia de la familia, lo entendía, así que no opuso resistencia.

Y uno de los motivos—el único de peso, en realidad—por el que no deseaba ir, era porque temía reencontrarse con el señor Ismael, amigo y pariente de la familia, que administraba la finca en compañía del abuelo Joaquín. Vivía justo en un predio aledaño que se le había vendido y que, en determinado momento, dio problemas de litigio a más no poder. Toñito no estaba muy informado acerca de los disgustos del pasado, lo que sabía no suponía más que un montón de especulaciones inconexas.

—¿Y cuándo van a enterrarlo?

—Mañana—contestaba Amanda, en lo que sacaba la ropa del escaparate y la doblaba en la maleta—Ve alistando lo que te vas a llevar pa' que luego no estemos corriendo.

—Sí, m'hijito y que no se te olvide el repelente de mosquitos—le recordaba Pablo desde la cocina, verificando la llave del gas y rociando con insecticida el mesón de granito para evitar que las cucarachas hicieran fiesta en su ausencia.

Saldrían a las siete de la noche y en la casa del abuelo Joaquín no los esperaba más que Alejo, el gato escurridizo y andariego que acostumbraba a maullarle a la luna, y más atrás, el viejo Sultán, ese perro perezoso y maloliente que se la pasaba echado en un rincón. El bus que se ocupó de recogerlos tardó cuatro horas en llegar a Salamina, y como la oscuridad ya iba cerniéndose, se les dificultaba apreciar el paisaje a través de las ventanillas. A eso de las diez y pico, arribaron finalmente al pueblo. La atmósfera que los

rodeaba se ornaba con el hito ceremonioso de las luciérnagas intermitentes que danzaban sin cesar y el croar incipiente de los renacuajos, sumergidos en sus charquitos viscosos.

El señor Ismael, que había prometido cuidar de la casa en lo que la familia del difunto hacía acto de presencia, los recibió cabizbajo y fundiéndose en un abrazo con Pablo y Amanda. Toñito permaneció detrás, a la espera de que la escena enternecedora culminara. En raras oportunidades había tratado al abuelo Joaquín, así que imaginar la magnitud de su pérdida le resultaba inadmisible, ni siquiera el sentido del asombro por la muerte lo alarmaba; suerte para él, habituado a vivir en un mundo lúdico y a prueba de fatalidades, donde el candor de los días devenía musicalmente, lo que le protegía de los miedos y las adversidades.

El señor Ismael los invitó a pasar, les entregó las llaves de la casa y le avisó a Pablo que tempranito lo llevaría a la finca. “Nos ha ido de maravilla”, argumentaba sobándose la nuca, “Joaquín y yo le hemos metido el lomo a este trabajo como no tienes idea, Pablito, ojalá que ahora podamos ser grandes socios”.

En vista de la entrañable amistad que sostenía el abuelo Joaquín con el señor Ismael, Pablo debía adjudicarse el rol principal y ponerle el pecho a las tareas pendientes. Su escasa experiencia en el manejo de la finca lo apocaba, de modo que no tardó en hacérselo saber a quién había sido—y seguiría siendo—la mano derecha de la familia en asuntos de negocios, es decir, al señor Ismael, que le surtió una serie de consejos

para irlo preparando. “Ombe, no te preocupes, Pablito, que yo te explicaré con calma cada detalle que haya que explicar”, decía ufanándose de su conocimiento, y cuando se fijó en Toñito, esbozó una sonrisita y le pellizcó el lóbulo de la oreja, haciendo que este se retorciera y soltara un levísimo chillido que quiso disimular a toda costa; esos comportamientos que los demás presumían por cariñitos o juegos era lo que más detestaba en el señor Ismael.

Las pocas veces que lo había frecuentado—mayormente, cuando le urgían diligencias médicas en Santa Marta y sus padres le brindaban un hospedaje temporal—, Toñito se veía envuelto en la misma situación; a menudo, el señor Ismael lo asustaba con expresiones grotescas y terroríficas que lo hacían sucumbir a la palidez, lo que Pablo y Amanda interpretaban como un chiste digno de aplaudir, y en otras ocasiones, le propinaba duros pisotones, manotazos en la espalda y hasta hubo una vez en que casi sintió que le partía la mano porque le hubo estrechado de tal forma que sus huesos estuvieron por ceder y Toñito lloró, pero no se lo contó a nadie. Todos los traumas de la infancia se resumían en aquel individuo de falsas presunciones que se las daba de amable y querendón.

—¡Jé! cómo estás de alto, Toñito—reconocía apretándole el hombro—¿Hace cuánto que no nos veíamos? ¿Dos años?

—Algo así—admitía Toñito, sobándose el lóbulo de la oreja.

No se molestaron en cruzar más palabras que esas, y

el señor Ismael procedió a despedirse de la pareja, con la cual acordó la hora del entierro del abuelo Joaquín, que tendría lugar al mediodía y que congregaría a una gran cantidad de personas debido a la buena fama que se gastaba el difunto. Amanda vistió su camisola de madapolán y Pablo se quedó en pantaloneta y camisilla. Toñito, por el contrario, se bañó en repelente y durmió sobre una cama que parecía estar hecha de piedras; enormes protuberancias se acentuaban por aquí y por allá, lo que le incomodaba, además del calor nocturno que se atemperaba en las sábanas y que le hacía sudar el cuello y las axilas. Ciertamente, no estaba a gusto con el paisaje pintoresco que tanto le había retratado su padre.

Toñito despertó justo cuando el reloj registraba las ocho y cuarto. El aroma a aceite caliente y a huevos revueltos con yuca frita le estimuló el olfato. Amanda andaba de afanes en lo que Alejo y Sultán la hostigaban con sus gemidos famélicos, interponiéndose en el camino. Pablo y el señor Ismael apenas llegaban de la finca, hediondos, insolados. “No, esta vaina del campo no es lo mío”, acotaba uno, “Qué va, hombre, te apuesto a que en una semana le pillas el truquito, Pablito”, replicaba el otro. A Toñito le crujía el estómago y viendo que todavía no estaba listo el desayuno, se le dio por robarse un dulce de arropilla que encontró en una canasta de mimbre para después escabullirse al patio, donde los burros, las gallinas, los patos, las vacas y los conejos convivían en completa armonía.

—¡Salimos en quince! —escuchaba gritar a su madre por encima del chiflido de una olla de presión.

A la mitad del patio, se levantaba un palo de mango, en cuyas ramas endebles y bifurcadas se pavoneaba un grupito ardillas, valiéndose de movimientos acrobáticos que ejecutaban sincrónicamente. Toñito se protegió bajo las sombras de este y le dio el primer mordisco a su dulce de arropilla. Como tenía que darse prisa, lo devoró sin cuidar de los trocitos de panela derretida que iba regando. Cuando no le restaba más que la varita en que venía envuelta la pasta melada y pegadiza, cayó en la cuenta de que un hilito de hormigas mustias había estado subiéndole por las piernas; eran rojizas, de patas anchas y gordinflonas. Toñito dedujo que podían ser peligrosas, pero estas sólo se limitaron a lamer la miel que se le adhería en las yemas de sus dedos.

En los minutos postreros, permitió que saciaran su apetito mientras las admiraba, deslumbrado, como si anhelaran reducirlo a nada. De repente, Amanda se asomó al patio y le ordenó a Toñito que fuera a bañarse, que todos estaban cambiados y nomás faltaba él. “Apúrate, que sería el colmo de los colmos si llegáramos tarde al entierro de tu abuelo”, amonestaba. Barriéndose con delicadeza las hormigas que le zanganeaban por los codos y las piernas, Toñito se puso en pie, se sacudió la ropa y cumplió con la orden.

El entierro del abuelo Joaquín se llevó a cabo a pleno sol, la multitud se extendía por todo el cementerio y nadie derramaba una lágrima, ni Pablo, el señor Is-

mael o los compadritos más cercanos; era como si estuvieran rindiéndole tributo a un héroe de la justicia caído en batalla, pero el abuelo Joaquín lejos estuvo en vida de proclamarse héroe o de caer en batalla. El espectáculo fúnebre carecía de sentimentalismos; llorar, conjeturaba Toñito, habría significado faltarle el respeto.

Habiéndole conferido cristiana sepultura, el sacerdote a cargo de la ceremonia exhortó a toda su gente para que le acompañaran con un par de oraciones que simbolizarían la eterna despedida. De ahí conocidos y desconocidos empezaron a marcharse simultáneamente, y antes de arribar a la casa, Pablo y Amanda decidieron hacer una pequeña parada en un mercadito polvoriento, bullicioso y paupérrimo.

En un arranque de exasperación a Toñito se le ocurrió preguntar:

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos?

—Lo que haga falta—rezongaba su padre, olisqueando un tomate.

—¿Y eso es...?

—Lo que haga falta—repetía, frunciéndole el ceño.

A Toñito se le hizo demasiado agobiante la estancia en Salamina, y no precisamente por cuestiones temporales sino por los asiduos acosos que padecía a costa del señor Ismael, que solía jugarle bromas pesadas; estaba harto de sus pellizcos, del saludo brusco que le propinaba y de los fuertes coscorriones que sugerían expresarle un insufrible afecto. ¿Qué lo movía en el fondo? Vaya uno a saberlo, lo cierto es que

sus ataques no cesaron, y Toñito se mantenía siempre alerta para no dejarse sorprender. “M’hijito, el señor Ismael, desde que yo era chiquitico, lo recuerdo así de cansón; no es nada nuevo”, le explicaba Pablo, desinteresado.

Cinco días en el pueblo se sintieron como un mes enterito; Amanda asumía los quehaceres domésticos, el señor Ismael instruía a su joven pupilo en la finca y Toñito aseaba la casa y le daba de comer a los animales, incluyendo secretamente a las hormigas. Y por lo general, se portaba reticente con los vecinos que concurrían para comprar sacos de abono o fardos de heno. Apenas los despachaba, cortaba de raíz y se entraba sin aguardar a que le manifestaran un gesto de gratitud, aunque también porque en ocasiones era el señor Ismael quien acudía a la puerta, y no soportaba tenerlo enfrente.

Hubo un acontecimiento, sin embargo, que lo afectó a tal punto que terminó gestándole un infierno de pesadillas insanas y burlescas. Toñito estaría durmiendo cuando, de improviso, le entraron ganas de orinar. Serían las dos o tres de la madrugada porque la ferocidad del viento tendía a acentuarse a esas horas. Fro-tándose los ojos y conteniendo un suspiro aletargado, atravesó la sala, y como el único baño de la casa se ubicaba en el cuarto donde descansaban sus padres y Toñito no quería interrumpirles el sueño, anduvo a hurtadillas hasta el patio, destrabó el enrejado y, a continuación, un olor a herrumbre se le escurrió por el paladar.

A la distancia, se oía un gruñido cansino y tosco, como si proviniera de un forcejeo inagotable; sumado a ello, el impacto de una herramienta metálica. El ruido suscitaba un temblequeo escalofriante en los nervios de Toñito, que guiado por las monótonas detonaciones, trepó la paredilla de adobe que conectaba con el patio del señor Ismael y consiguió captar lo que había del otro lado: el riachuelo de sangre que descubrió le arrebató el aliento de inmediato, y todavía más cuando alcanzó a divisar un negruzco montículo de vísceras en una mesa de arce blanco, donde las moscas, que sitiaban a la flacuchenta silueta que velozmente blandía su cuchillo, se posaban entre los pellejos grasientos y las piltrafas cercenadas. Allí mismo, la cabeza decapitada de una vaca pendía de un gancho plateado y gigantesco, lo que hizo que Toñito tropezara al balancearse, abrumado por la estupefacción.

—¿Toñito? ¿Eres tú, Toñito? —inquiría el señor Ismael, volviéndose hacia la oscuridad—Caramba, muchacho, ¿Y tú qué haces levantado?

—Yo...yo iba a orinar.

Instantáneamente descendió de la paredilla tras un violento salto que le costó una raspadura en la rodilla de la que no se percató sino cuando el alba empezó a madurar sus luces. Se curó como supo y procuró actuar de lo más normal a pesar del irremediable trastorno que lo angustiaba. Tuvo entonces que transcurrir un largo periodo para que Toñito pudiera recuperarse, pero en lo que asimilaba la situación, evitó comer carne de res y, con frecuencia, cada bocado que se llevaba

a la boca no demoraba en vomitarlo, lo que le produjo un enflaquecimiento progresivo que preocupó muchísimo a Amanda, no obstante, él insistía en permanecer calladito, así como el señor Ismael, que se portaba de lo más risueño e hilarante.

Toñito trató de seguir adelante, refugiándose en las colonias subterráneas que se desperdigaban por el patio, y no había día que no las alimentara y fraguara con ellas una sólida hermandad que le garantizara el no ser devorado por sus incisivos. Si no les traía un pedacito de arropilla, lo compensaba con pan endulzado, tajadas de mango, de papaya o de guayaba, o en su defecto, terrones de azúcar. Las hormigas concurrían en filas que se ensanchaban conforme comprendían la benevolencia de Toñito. Fue así como las colonias aumentaron en número y tamaño, lo que hizo que fuera difícil franquear el perímetro. Toñito no quería matarlas y, aun así, resultaba inevitable que algunas acabaran pisoteadas, lo que lamentaba abiertamente, asestándose unos porrazos en la sien.

—Cariño, ¿Ya viste la pila de hormigas que abunda en el patio? —comentaba Amanda, una mañana en que estuvieron desayunando los tres— ¡Es impresionante! Ayer fui a lavar la ropa en la batea y me dejaron todos los pies enronchados.

—Sí, habrá que mandar a fumigar o de no vamos a pasar trabajo si llegan a colarse acá adentro—alegaba Pablo, untándole suero a los bollos de mazorca que partía en rodajas.

—El señor Ismael me contó que a la vuelta vive un jovencito que es fumigador. Dicen que es muy querido y todo.

—Perfecto, una fumigada bien brava no le vendría nada mal a esta casa.

Súbitamente, Toñito se alarmó y empuñó el tenedor que agarraba con la derecha.

—¿Por qué? Si no le están haciendo daño a nadie...—
intervino de mal genio.

Pablo lo observó, dubitativo, puesto que no era muy común que Toñito se entrometiera en lo que competía a sus padres. Amanda parpadeó, incrédula, apretándole el dorso de la mano con tal de suavizarle el pulso. Habiendo abogado por las hormigas sin una defensa consistente que pudiera convencerlos, Toñito abandonó su plato de comida, escondiéndose dos rodajas de bollo en el bolsillo y una vez en el patio, la copiosa milicia de hormigas que había erigido lo persiguió a ciegas a través de todo el circuito; casi parecía que estuvieran prestas a cualquier mandato.

Y frente la inminente apatía que sentía por la carne, Toñito sufría un excesivo desaliento que ponía en serios aprietos a Amanda, que salía a socorrerlo, recriminándolo por la aparente desnutrición que lo delataba. “¿Qué pasa que ahorita no comes? ¿Desde cuándo te me pusiste tan quisquilloso?”, sermoneaba. Su salud empeoró tanto que tuvieron que verse obligados a internarlo en el centro médico de Salamina, donde estuvo cuatro días acostado, apegado a un catálogo de vitaminas recetadas y con una solución intravenosa que le adormecía los músculos.

A partir de ese desmejoramiento fisiológico, Toñito se propuso cooperar con su bienestar, rescatando el

apetito que había creído extinguido y revitalizándose furiosamente a condición de que lo devolvieran a casa. “Si paso otra noche encerrado en este sitio yo me voy a morir”, aseveraba. Las enfermeras que le proporcionaban algunas atenciones pretendían persuadirlo, pero Toñito se resistía y Pablo cedió a sus peticiones, de modo que apuró los trámites médicos y lo sacó al cabo de unas horas.

Toñito elevó un aléluya a los cielos, se quitó la bata sanitaria que le habían otorgado y volvió a casa, más colorido y repuesto que de costumbre. Amanda le calentó un caldito de sopa y estuvo muy atenta a los requerimientos del convaleciente, que nomás parecía intrigarle una sola cosa: sus leales y añoradas hormigas. Al librarse de las engorrosas recomendaciones que le habían formulado en sus prescripciones, Toñito se echó una escapadita al patio con unos caramelos de ajonjolí que agarró sin permiso de las estanterías de la cocina y emitiendo un silbido alegre y melodioso, regó migajas y migajas con la esperanza de que las hormigas salieran en cuanto el exquisito dulzor penetrara en sus oscuras y misteriosas colonias, pero pasado cinco minutos, no obtuvo respuesta, lo que le precipitó un latido de inquietud. “¿Habrán fumigado? No, no huele a gas y todo está desordenado y sucio“, infería basándose en las pruebas tangibles que examinaba.

Más allá, bajo unos chécheres arrebujaos y en desuso que nadie jamás curucuteaba, yacía el cuerpo desmembrado de lo que pudo haber sido una gallina;

Toñito no lo sabía con certeza dada la cantidad de sangre que exhumaba el animal en tanto las espeluznantes hormigas consumían todo lo que estaba a su alcance, dando rienda suelta a una perversa voracidad. Miles de ellas se concentraban en un estrepitoso círculo y de sus colonias emergían y emergían, incansables, como enviadas por el ignominioso Mefistófeles. Toñito advirtió entonces que una hilera de hormigas iba en pos de él, y movido por su instinto, soltó el caramelo de ajonjolí que sujetaba y retrocedió, aunque las hormigas no repararon lo que este había arrojado. “Vienen por mí”, pensó en lo que el sudor se le tornaba frío y eléctrico, “Quieren almorzarme”.

Detrás de Toñito, los ladridos histéricos de Sultán se prolongaban y Alejo maullaba desde una ventanita de celosía con el pelaje encrespado y sus colmillos al acecho. Las melindrosas compañeras de la gallina asesinada se resguardaban en el corral de los patos, al igual que esos tiernos y temerosos conejitos que bien comprendían la gravedad del asunto y se camuflaban entre unos matorrales secos, como conteniendo la respiración. Toñito llamó a gritos a su padre y a su madre, que acudieron al tiro, agitados por la premura con la que habían sido solicitados y Pablo contempló la inconmensurable aglomeración de hormigas que se abalanzaban sobre ellos a una velocidad monstruosa y de temer.

—¡Enloquecieron! —anunciaba Toñito, desandando.

—¡Ay, m'hijito, entra, entra! —instaba Amanda, persignándose.

—¡Escucha a tu madre, ombe! —berreaba Pablo, y Toñito echó a correr. Finalmente, el macizo enrejado fue reforzado con unos trapos sucios que acuñaron en los resquicios.

—¡Uy! ¿Y estos engendros de dónde salieron?

—Son las hormiguitas que te dije—señalaba Amanda, estupefacta—Pon más trapos, que así se aguantarán un momentico.

—¡Jmm! Como se lleguen a meter, estamos fritos—auguraba Toñito que veía cómo las hormigas iban filtrándose gradualmente.

De golpe, los tres entendieron que era necesario huir, pedir ayuda. Sultán tampoco se quedó atrás, sino que encabezó la carrera en lo que ladraba, y Alejo lo secundó, cruzándosele por las patas y yendo a la par de él. Las hormigas aceleraron su acometida, ingresando en el interior de la casa; la sed de muerte que reivindicaban era palpable, se percibía en las tenazas que hacían sonar, en el ronroneo marcial de sus patitas y en la páfida glotonería que las enloquecía. Toñito intuyó que no sería suficiente perderles el rastro, había que aniquilarlas, o en todo caso, neutralizarlas, saciar la alucinante avidez que ejercía un dominio ultraterreno en ellas.

Pablo y Amanda no tuvieron tiempo para cranear una estrategia, estaban empeñados en escapar mientras clamaban: “¡Auxilio, auxilio!”, lo que Toñito consideró inútil, por lo que resolvió refugiarse en el compartimiento de la cocina y a tientas buscó el tonel de madera donde el abuelo Joaquín solía acumular la miel que recogía en la finca. “¡Bingo!”, cantó al

descubrir el tan valioso objeto, vestido con telarañas blancas y encrespadas.

—¡Toñito! —gritaba Pablo, aguantándose en la entrada junto con Amanda, que se aferraba a la camisa de su esposo y vigilaba las baldosas roídas del piso—¿Dónde carajos estás?

—¡Ya voy! —vitoreaba Toñito, abrazando el pesado tonel, pero cuando quiso retomar el trayecto, las hormigas habían logrado alcanzarlo, atizándole varios mordiscos que lo hicieron brincar y sacudirse.

En las pantorrillas se le abrieron unos cráteres henchidos que lagrimeaban algo más que sangre, por consiguiente, apuró el paso a medida que derramaba la miel en la ruta que iba trazando. De tal forma, las hormigas ralentizaron su desenfreno, succionando la preciada sustancia que Toñito les esparcía a sabiendas de que el tonel no daría abasto para satisfacerlas a todas, pero, repentinamente, un pensamiento esclarecedor le retumbó en la cabeza, avivándole una genuina ilusión que, a oscuras, interpretó como una venganza justiciera.

“¡Apártense, apártense!”, repetía Toñito, calculando el rumbo que tenía previsto. “¡M’hijito, suelta esa vaina y corre!”, le aconsejaba Amanda a dos metros de la escena, empuñando un crucifijo, al borde de quebrarse en el llanto y rogándole a Pablo que lo detuviera, pero este no se sentía en sus plenas facultades para interceptarlo, y los vecinos aledaños, desconcertados por el barullo, se congregaron en los sardineles, conservando la prudencia y analizando las maniobras de

Toñito, que encauzaba genialmente el furor de aquellas hormigas. “¿Qué pasa? ¿A dónde las lleva?”, sondeaba la gente conmocionada y sin sospechar que la casa del señor Ismael terminaría albergando un poderoso ejército de hormigas. En ese instante roncaba en una mecedora de nogal y Toñito escurría la última gota del tonel cuando sonoramente tocaba a la puerta.

Contenido

Sin sobornos	5
El perseguido	33
El día en que nada ocurrió	49
La nigüenta	65
Retratos mortuorios	83
La cama marital	103
Rebelión de hormigas	117

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 12 días del mes de enero de 2023, el mismo día del año 1913 en que nace el músico wayuu Nectario Fernández.